BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LAS CLOACAS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis
Editorial: Bruguera, S.A.
Colección: Colección La Conquista del Espacio, 196
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.60

PRIMERA PARTE LA "COSA"

PREFACIO

NO ha ocurrido aún.

Naturalmente, de haber sucedido, ya no sería anticipación. En la ciencia ficción, se especula siempre con lo que *puede* ser. En el futuro, no importa si cercano o remoto. Puede ocurrir mañana. O puede haber empezado a suceder ya, sin que nosotros mismos lo sepamos.

Este es el caso. Esta es la obra,

Puede estar sucediendo ya, sin que nadie lo haya advertido, sin que ninguno lo podamos sospechar. O puede suceder dentro de veinticuatro horas.

¿Ficción? Por supuesto. ¿Anticipación? Desde luego. ¿Lógica? Tal vez más de lo que parece.

Sin darnos cuenta, estamos haciendo toda la Humanidad un poco lo que el propio Jekyll de Stevenson. Estamos «creando monstruos» entre nosotros mismos, con una indiferencia y una inconsciencia aterradoras.

Y puede que esos «monstruos» que nosotros creamos, sordos a todas las llamadas de angustiosa alerta de las pocas personas conscientes que aún quedan —polución, explotación abusiva de reservas marítimas, de energía, de alimentos—, puedan llegar un día a ser el «Míster Hyde» que se desarrolle y nos devore a todos.

Por eso dije antes que es ficción, es anticipación, pero también es tremenda lógica sobre unos hechos y unas circunstancias de todos conocidas, que los diarios airean constantemente, y que forman parte de los boletines cotidianos de noticias de las emisoras de radio y televisión del mundo entero.

De modo que aunque *todavía* no ha sucedido, imaginemos que sucede mañana mismo.

Si es así, si esto ocurre..., *¿usted qué haría*!

Capítulo Primero HEDOR

PRIMERO fue el hedor.

Un hedor muy especial. Nauseabundo, repugnante. Pero salo un mal olor, un fétido, pésimo olor.

Sólo eso. Nadie podía imaginarse que pudiera ser algo más. No había ningún motivo para ello.

Y, sin embargo, ahí empezó todo. Con un simple olor repulsivo. Un olor que mareaba y producía náuseas. Un olor que molestaría profundamente a cualquiera.

Sidney Potts no fue una excepción. No podía serlo. Tenía buen olfato, aunque no lo pareciera cuando la gente podía notar de cerca el olor de sus pies sudorosos, de su ropa sucia y de su rostro desaliñado. Pero aun con todo eso, el pobre diablo llamado Sidney Potts, tenía buen olfato. Quizá para sí mismo se había atrofiado un poco y no captaba su desagradable aroma personal, pero salvo en esa circunstancia, sus fosas nasales funcionaban a la perfección.

Por eso notó el hedor.

Sólo que no podía saber lo que era. Nadie lo hubiera sabido. Y Potts, menos aún. Su nivel de inteligencia no era demasiado elevado para sacar conclusiones de cosa alguna. Su imaginación era prácticamente nula, salvo para hurtar un billetero, robar en una tienda o escapar de la vecindad de un *bobby{1}*. En lo demás, hubiera sido incapaz de fantasear en absoluto. Y hacía falta mucha fantasía para imaginarse algo, partiendo de un simple olor, por repugnante que éste fuese.

Tal vez nadie, ni el más imaginativo, hubiera sacado conclusión alguna de aquel olor. Sencillamente, hubiera reaccionado del modo más normal posible, el que aconsejaba la más primitiva lógica: alejarse del foco del posible hedor.

Eso es lo que hizo prestamente Sidney Potts, con expresión de asco. Se apartó del mercado de Spitalflelds y echó a andar resueltamente en la noche neblinosa, fria y desapacible, a través del deéalo de callejuelas que conducían hacia Whitechapel. El edificio del gran almacén exportador de frutas, quedó atrás. También el mercado.

Pero no así el hedor.

Sidney Potts meneó la cabeza con disgusto, acelerando su paso por Bell Lañe.

«Terminarán matándonos a todos —se dijo—. Dejan que se pudran las mercancías, y Londres terminará por ser todo él un cochino vertedero...»

Iba rezongando entre dientes, con evidente malhumor. Pase que

tolerase sus propios malos olores como algo que formaba parte de sí mismo. A eso ya estaba habituado su olfato. Pero aquel maldito olor tan repulsivo...

No hubiera sabido a qué olía exactamente. Era una mezcla de acre, putrefacto, espeso y ácido. Una mezcla indescriptible de olores que, formando uno solo, lo hacían hediondo, fétido hasta la angustia.

Y lo peor, pensó Potts, sorprendido, deteniéndose de repente en una esquina, frente a la masa de neblina que formaba la esquina de Bruñe Street, borrosa en la iluminación callejera velada por la bruma invernal, es que aquel olor no se alejaba. Es más, parecía ir con él. Y aumentar, incluso, de intensidad.

Miró atrás, con desconfianza, pensando si le seguiría un grupo de andrajosos sin lavar. Pero dada la hora de la madrugada en que deambulaba Potts por la ciudad en busca de un transeúnte ebrio o desorientado a quien desplumar fácilmente, no había nadie en toda la extensión de la callejuela. Absolutamente nadie.

Potts frunció el ceño. Trató de averiguar de dónde venía el horrible olor. No lo logró en absoluto.

Sencillamente, siguió olfateando con disgusto aquel ambiente nauseabundo. Maldijo entre dientes, acusando a todas las autoridades de que la ciudad estuviera tan descuidada y sucia, especialmente en cuanto había nieblas abundantes. Pero eso no conducía a nada ni aliviaba sus molestias ante el olor.

Irritado por la persistencia del fétido aroma, Sidney Potts juró unas cuantas veces más, soltó un salivazo al suelo, y aceleró decididamente la marcha, seguro de evadirse alguna vez de aquel cerco apestoso.

Tomó por un camino equivocado, metiéndose en una angosta callejuela que no tenía salida, y que conducía hasta un muro de ladrillos. El suelo aparecía húmedo, como si hubiera llovido, tal era la densidad de la niebla que invadía las calles londinenses en aquella noche desapacible. Una farola del alumbrado público, dibujaba un halo lechoso de claridad contra el muro de ladrillos que cerraba el callejón.

A los pies de Potts, el pavimento vibró, seguramente por el paso de algún tren subterráneo. El *underground* tenía estación muy cerca de allí. Y el túnel de tránsito por debajo de aquella zona.

Potts empezaba a sentirse enfermo. Por primera vez en su vida, algo le producía náuseas y le hacía contraer el estómago desagradablemente.

—Esa maldita peste... —jadeó con ira, apoyándose en el muro de ladrillos, disgustado consigo mismo por haber tomado el camino erróneo, en su deseo de dejar atrás aquel olor repugnante que parecía escoltarle insistentemente en la solitaria madrugada.

Y dio media vuelta, disponiéndose a salir del callejón y emprender carrera hacia alguna parte donde el olor maldito no le hiriese el olfato. Aunque fuese el fondo mismo del río, se dijo, iría gustoso a él con tal de dejar definitivamente atrás tan asqueroso y persistente olor.

Entonces lo vio.

Sus ojos se dilataron, con sobresalto. Miró hacia «aquello», sacudiendo la cabeza.

—Diablo, ¿qué es *eso*? —masculló, asombrado.

El olor empezaba a hacerse intolerable, y crecía por momentos, hasta aturdirle y provocar un profundo mareo en el vagabundo. Potts observó algo.

Aquella cosa, fuese lo que fuese, no se estaba quieta. Se estaba acercando. Y acercándose *a él*. Miró atrás, preocupado. No tenía salida posible. Ni con veinte años menos hubiera podido escalar aquel liso muro de ladrillos. Era una perfecta trampa. Sólo podía salir por donde había venido.

Pero precisamente allí…, estaba ahora «aquello».

Lo contempló, repentinamente pálido. Se le desorbitaron los ojos por momentos.

El movimiento era preciso, imperturbable. Seguía acercándose a él. Y con ello, el olor, la peste repulsiva aumentaba y aumentaba.

Empezó a sentir miedo. Claro que aún no se daba por vencido, y se resolvió a hacer algo, lo que fuese. Lo único que estaba en su mano. Echar a correr como un loco, intentando eludir la presencia de «aquello», y salir del maldito callejón de una vez por todas.

Lo intentó, cuando menos.

Se precipitó de repente hacia adelante, aceleró su paso hasta convertirlo en carrera vertiginosa. Se pegó al muro para alejarse lo más posible de la forma que se movía ante él.

Por un momento, pensó que lo lograba. Casi dejó atrás en un instante a la única naturaleza viva que compartía con él la solitaria callejuela. Pero se quedó todo en aquel «casi».

Súbitamente, Potts observó con horror que no había escapatoria. «Aquello» había saltado hacia él. *Saltado*, ésa era la palabra. Y le envolvía de repente…

Fue una lucha inútil y desesperada contra «algo» que no era humano. Contra el enemigo más alucinante que Sidney Potts o cualquier otro pudieron afrontar jamás.

El hedor envolvió al vagabundo con igual intensidad aterradora que la «cosa» envolvía su cuerpo ahora.

Hubo un alarido largo, estremecido, desgarrador. Luego, una especie de chasquido de huesos triturados, de carne reventada… Un ahogado estertor se perdió entre los ruidos guturales, como de succión

de «algo» en la oscuridad de la calleja londinense.

Unos instantes más tarde, no se escuchaba nada en el lugar. Sólo una especie de siseo ronco, de susurro sobre el asfalto mojado, entre la niebla.

Finalmente, el silencio fue total. Y también la soledad.

De Sidney Potts, no quedaba el menor rastro. Parecía como si nunca hubiera estado en aquel callejón.

Sólo unas gotas de color oscuro en el asfalto negro, charolado por la humedad. Gotas de sangre que se diluían en el agua del húmedo suelo.

De «aquello» que atacara a Potts, tampoco había el menor rastro. La calle aparecía completamente silenciosa. Completamente vacía.

Y el hedor, poco a poco, iba disolviéndose en la neblina, hasta desaparecer por completo.

Era como si nada hubiera sucedido. Nadie supo jamás del pequeño incidente en una callejuela de Spi-talfields. Pero en él desapareció un hombre sin dejar rastro. Un hombre sin familia, un vagabundo a quien nadie reclamaría nunca.

Y eso era solamente el principio. Pero nadie se enteró de ello.

* * *

Ronald Hayes y Cynthia Dekker separaron sus labios bruscamente, terminando su beso apasionado. El miró su reloj de pulsera.

—Cielos —dijo—. Es demasiado tarde, Cynthia. Nos hemos olvidado del tiempo y de todo.

—Ronald, a tu lado no pienso en otra cosa que no sea en ti, en nosotros dos —musitó ella, apoyando su rubia cabecita en el hombro del joven.

—Lo sé —sonrió él, acariciando los dorados cabellos con dedos enérgicos y afectuosos—. Pero recuerda que tu tío Harry me ha invitado a cenar esta noche. Ya está oscureciendo, y aún debo cambiarme de ropa en casa, para ir vestido a cenar. Y eso, después de dejarte á ti cerca de tu casa.

—Oh, puedo volver sola, y tú aprovechas para ir a tu casa a vestirte, Ronald.

—Ni pensarlo —rechazó Hayes, sacudiendo la cabeza—. Cuando menos, te dejaré en Kensington, frente a tu casa, y volveré a King's Road, a mi propio domicilio, para ponerme presentable. Un buen inglés debe vestirse siempre para cenar. Y más aún si quien ocupa el puesto de anfitrión es tu tio Harry. Ya sabes cómo piensa él: la tradición del viejo Imperio es su gran debilidad.

—Cierto —rió ella, de buen grado—. Creo que tienes razón. Vamos ya, Ronald. La tarde ha pasado tan de prisa…

—Dentro de poco, no tendremos que separarnos un sábado por la tarde, sino que significará nuestro propio *week-end* —sonrió el joven —. Ya falta poco para que seas la señora Hayes, Cynthia querida.

—La señora Hayes… —musitó ella, caminando junto a él, con la cabeza en su hombro—. Es algo que suena maravillosamente bien, querido…

Echaron a andar hacia donde dejaran el automóvil, cerca de Fulham Road. Aquel sábado, el cercano estadio aparecía cerrado. El Chelsea no jugaba partido, y la calma y la quietud reinaban en la zona ribereña, entre las industrias y los muelles del Támesis. No lejos de allí, los colectores vertían sus desperdicios a las aguas del río. Un niño jugaba con una pelota de goma en una zona de hierba pelada, junto a las esclusas de una gran fábrica en sabatino reposo. No les hacía demasiado caso. Ni ellos a él. Habían llegado a pensar que todo Chelsea estaba solo, y ellos eran sus únicos habitantes aquella fresca tarde nubosa.

Dejaron atrás la zona de césped inmediata al río. El puente de Battersea, a sus espaldas, se dibujaba entre el humo de unos remolcadores que iban río arriba, desde el cercano estuario.

Por el sendero que discurría entre las esclusas de las industrias y las salidas de los vertederos urbanos, la joven y feliz pareja se encaminó hacia Cheyne Walk, donde Ronald dejara su automóvil, un pequeño «Morris» rojo oscuro.

La pelota de goma del niño botó cerca de ellos. El pequeño se quedó mirándoles a distancia. Ronald sonrió, y descargó un puntapié a la pelota, devolviéndola con precisión, muy cerca del pequeño, que la persiguió complacido. Cynthia sonrió.

—Buen chut, Ronald —aprobó.

—Pensé en ser futbolista alguna vez —suspiró él—. Como todos los niños…

Siguieron avanzando. El aire olía mal, habitualmente, en la vecindad del colector inmediato a la fábrica. Pero a Ronald le pareció que este día olía aún peor. Cynthia se tapó la nariz instintivamente.

—Es la falta de lluvia —comentó Ronald, trivial-mente—. Dicen que posiblemente cambie el tiempo en esta semana próxima. Ya son muchos los días de niebla, pero sin una sola gota de agua. Eso siempre provoca malos olores.

—Este es el peor que recuerdo —señaló ella, con gesto de repugnancia.

Ronald hubo de convenir que ella tenía razón. Nunca había olido tan mal aquello. Y lo peor es que el hedor aumentaba por momentos. Miró con disgusto en derredor, mientras caía la penumbra del

anochecer sobre la zona desolada. El aire húmedo y frío del río no invitaba a pasear sino a enamorados como ellos. O a que un niño jugase a pelota distraídamente.

—Deben ser los colectores —indicó Ronald, empezando a sentir náuseas. El olor era agrio, fétido, repulsivo. La tomó con fuerza, separándose poco a poco de la trayectoria que seguían los grandes tubos de desagüe al río—. Vamos por allá. Será mejor...

Se desviaron, pisando los barrotes de hierro que formaban una tupida reja en el suelo, sobre los colectores. Por allí descendían los empleados cuando en el subsuelo había algún problema provocado por las basuras.

Les bastaría salvar un par de rejillas más, y estarían en el paseo ribereño, ya lejos de los malos olores. Allá, a alguna distancia, ajeno a todo eso, el niño seguía su solitario juego de pelota contra un desconchado muro donde se despegaba un viejo afiche de propaganda electoral laborista.

—Oh, Ronald, no puedo... ¡No puedo soportarlo! —gimió Cynthia, muy pálida.

Hayes masculló algo entre dientes. El olor era ya intolerable. Parecía penetrar a oleadas por las fosas nasales, en repugnante alud, llegando hasta el cerebro y embotándolo. El no era aprensivo, y sentía ganas ya de vomitar.

—Escribiré una carta al *Times* mañana mismo —se quejó con indignación Ronald Hayes, tomando de su bolsillo superior de la chaqueta el pañuelo perfumado con colonia varonil, que tendió a Cynthia para que lo aplicase sobre su nariz—. Esto es un peligro para la salubridad pública...

Incluso hablar resultaba desagradable, porque la peste penetraba incluso por la boca, invadiendo su paladar, su garganta, y dando un sabor acre y nauseabundo a su propia saliva. Sorprendido, Ronald miró en torno, mientras salvaban otra de las alcantarillas enrejadas del gran colector.

—No puedo comprenderlo —masculló—. Nunca ha olido tan mal. Tal vez algo corrompido... Será mejor telefonear a la policía para que limpie esta zona antes de que se provoque una enfermedad.

Y clavó sus ojos en la cabina telefónica, visible en el paseo del río. La utilizaría en cuanto llegaran allí, para presentar su reclamación formal ante las autoridades, exigiendo la limpieza de aquella zona.

El mal olor creció más y más, como algo en plena descomposición que estuviera adherido a sus ropas. Ni el pañuelo perfumado de Ronald logró combatir el hedor que producía náuseas a la joven. Cynthia sabía que iba a enfermar, si aquello duraba simplemente unos segundos más. Ronald corría ya, a largas zancadas, procurando sacar a la muchacha del sector hediondo. Pero el olor parecía brotar de todas

partes y rodearles como una pesadilla invisible.

—Vamos, ya estamos llegando al paseo —señaló Ha-yes la proximidad de la calzada, por donde cruzaban los automóviles. La noche ya caía sobre el río. Las luces eléctricas comenzaban a brillar a lo largo de toda la ribera del Támesis.

Dé repente, la mano de Cynthia se crispó sobre el brazo de Ronald. Su boca se abrió para exhalar unas pocas palabras asustadas, trémulas.

—¿Qué... qué es... qué es... eso? —jadeó.

Ronald Hayes buscó el motivo de su alarma. Se le erizaron los cabellos al descubrirlo.

—¡Cielos! —aulló—. ¿Qué diablos puede ser... una cosa *así"í*

El hedor era intolerable ya. Les aturdía, les embriagaba desagradable, repulsivamente. Pero con todo ello, ya no significaba nada para lo que estaban viendo sus ojos.

—Se... ¡se mueve! —susurró Cynthia, lívida—. ¡Se mueve *hacia nosotros*, Ronald!

—Tonterías —rechazó él—. No puede ser, querida... Tal vez sólo sea...

No llegó a decir lo que «aquello» pudiera ser. Porque, ciertamente, Cynthia tenía razón. Se movía. Iba hacia ellos. Les cerraba el paso. De allí brotaba aquella peste irracional y pegajosa...

—¡Vamonos de aquí de una vez por todas! —se enfureció Ronald.

Y tomó en sus brazos a Cynthia, disponiéndose a cruzar a la carrera, eludiendo «aquello» que se interponía en su camino.

Fue espantoso.

La «cosa» saltó materialmente sobre ellos. Les envolvió.

Cynthia chilló. Chilló como nunca lo había hecho. Fue un alarido largo, estremecido, desgarrador, que se mezcló con un ruido como de sorda succión. Un frío viscoso y nauseabundo envolvió a Ronald y a ella. El intentó luchar. Se debatió contra la «cosa» agresora...

Fue sólo un momento. Ambos pugnaron en vano. En la oscuridad del anochecer, hubo un sonido horripilante, como de cuerpos triturados, de huesos pulverizados, prensados por una fuerza titánica...

El niño había girado la cabeza al oír el grito. Su pelota, rebotada tras un puntapié del pequeño, fue dando saltos, entre piedras y hierbajos, hasta caer cerca, muy cerca de donde un momento antes se hallaban los dos novios. Los dos..., y «algo» más.

Sólo que ahora, bruscamente, no había ya nada allí. Nada ni nadie.

La pareja de jóvenes había desaparecido totalmente, como engullida por la oscuridad. No había nada a la vista. Sólo un reguero oscuro, como de sangre, junto a la rejilla de una de las alcantarillas del colector.

Los ojos desorbitados e incrédulos del niño, habían sido los únicos testigos de algo inexplicable y aterrador.

Luego, el niño exhaló un grito ronco de pánico, y echó a correr, desesperadamente, alejándose del lugar donde poco antes una pareja se disponía a regresar al centro de Londres, y hacía planes para su futuro.

Una pareja de la que, sólo en unos segundos, no quedó nada. Absolutamente *nada.*

CAPÍTULO II NADIE PUDO CREERLO

CUANDO Hazel regresó aquella noche de su trabajo, no era demasiado tarde.

Sin embargo, no vio a su hermano por parte alguna.

—¿Y Jackie? ¿Dónde está? —preguntó distraídamente, colgando el sobretodo en el perchero del corredor.

Su padre se encogió de hombros, tras darle un beso y volver a la lectura del *Times*, por su página de comentarios políticos.

—Lo de siempre —suspiró—. Su madre le hizo acostar ya.

—¿Sin cenar?

—Sin cenar —bostezó su padre—. Jackie está realmente peor cada día.

—¿Peor? —Hazel creyó entender—. ¿Te refieres a sus mentiras, papá?

—¡Mentiras! Hasta ahora tenían una justificación. Creo, personalmente, que todos los niños disfrutan inventándose cosas que pretenden hacernos creer que son reales. Yo he sido niño, como todo el mundo, y me encantaba imaginarme cosas que pretendía luego pasar por ciertas ante los demás.

—Entonces, ¿por qué ese castigo? —Hazel revisó con rapidez el correo, situado sobre una bandeja, sin interesarse por ninguna de las cartas, casi todas comerciales o de propaganda—. Supongo que habrá pillado de mal humor a mamá…

—No, hija. Tu madre estaba hoy de buen humor. Pero es demasiado lo que se ha inventado esta vez Jackie. Algo…, algo enfermizo casi. Tu madre está pensando en llevarle el lunes al médico, a ver si puede hacer algo por evitar la siniestra imaginación de Jackie.

—¿Siniestra, dices? —Hazel estaba ya realmente cómoda, con su blusa y falda corta, y se dejó caer en un asiento, frente a la pantalla del televisor en color, que transmitía un encuentro de fútbol internacional. Miró con sorpresa a su padre—. Para mí, Jackie es un niño perfectamente normal. Debe estar sufriendo mucho, sin poder ver la televisión en estos momentos. Y más siendo sábado y dando fútbol…

—Lo lamento, pero no puedo quitarle la autoridad a tu madre. Ella misma te contará lo que ha ocurrido hoy. Es… es algo increíble, Hazel.

Poco después, su madre entraba en el comedor, llevando la sopera humeante. Traía gesto malhumorado. Su marido atendía exclusivamente al juego televisado, tal vez por no discutir más la cuestión. Hazel miró a su madre curiosamente.

—Buenas noches, hija —dijo ésta, inclinándose para besarla—. ¿Bien el trabajo?

—Como siempre. La próxima semana podré pasar todo el ñn de semana libre. Hoy tuve que suplir a una compañera, a Helen, en el servicio de recepción. Ella me hará mi turno del domingo.

—Trabajar en un hotel como ése es muy sacrificado —comentó su madre—. Todo el mundo descansa sábado y domingo, menos tú.

—Hay muchos más que trabajan en los fines de semana —sonrió Hazel—. Dan, por ejemplo.

—Oh, cierto —suspiró la señora—. Dan… Tu prometido siempre tiene trabajo, no importa el día. ¿Mañana también?

—No, mañana no —rechazó la muchacha, risueña, moviendo su pelirroja cabeza. Hizo una pausa, antes de preguntar lo que su madre estaba sin duda esperando—: ¿Qué ha ocurrido esta vez con Jackie, mamá?

—Tu hermano es cada vez más mentiroso. Tiene que corregirse eso, hija.

—Papá me ha contado algo. Pero no me quiso decir qué es lo que inventó esta vez.

—¿Inventar? Yo diría que se ha metido en un cinematógrafo de esos donde se exhiben películas de «Certificado X»{2}, y ha pretendido hacer realidad lo que vio en la pantalla.

—Oh, mamá. Sabes que a Jackie no le dejarían entrar a ver una película semejante. Tienen que ser invenciones suyas o de los *comics.*

—No, eso que contó hoy no recuerdo haberlo visto en un *comic*, hija. Nada menos nos ha contado, con un gesto de terror como si realmente hubiera sido testigo de una realidad, la forma en que una pareja de novios fue *¡devorada!* delante de él.

—¿Devorada? —Hazel enarcó las cejas, asombrada—. Miró con perplejidad a su madre—. Cielos, pero, ¿por quién? ¿Qué clase de monstruo hizo eso, según Jackie?

—Si le escuchas a él, te vuelves loca, Hazel —se quejó amargamente la señora Courtney, dejándose caer en un asiento, ante su hija—. Lo peor de su relato es que… parece obra de un enfermo mental. Ni siquiera hubo… «monstruo», como tú dices.

—¿No? —ˆHazel no tocaba su plato de sopa, pendiente de las palabras sorprendentes de su madre—. Dime, mamá; ¿qué cuenta exactamente Jackie?

—Te lo diré. Y tú misma sacarás consecuencias. Espero que estés de acuerdo conmigo. El mismo lunes debe verle el médico. Una cosa es contar mentiras, y otra llorar, retorcerse, poner cara de terror, y repetir una y otra vez, jurándolo siempre, que él vio lo que cuenta, y que alguien debe hacer algo para buscar a esos desgraciados jóvenes que fueron devorados delante de él… Oh, Hazel, ¿no es para

desesperarse? Le hice acostar, y aún sollozaba en la cama, repitiendo una y otra vez que debíamos creerle, que era la verdad, que él lo había presenciado en la orilla del río...

—Mamá, por favor. Cuéntamelo todo.

—Sí, sí... —la señora Courtney se inclinó hacia su hija y comenzó el relato increíble de Jackie, mientras el comentarista de la televisión iba relatando las jugadas del partido retransmitido, como una cantinela de fondo, monocorde y rutinaria.

* * *

Dan Nichols aparcó el automóvil en el amplio *parking* reservado exclusivamente al personal de New Scotland Yard. Sonrió, abriendo la portezuela.

—¿Vamos, Hazel? —rogó a la muchacha.

Ella le miró, asintiendo. Contempló los encristalados muros del edificio oficial, destinado a la policía londinense. Comentó, al descender del automóvil, sin poder impedir que su breve falda dejase al descubierto generosamente parte de su bien formado muslo:

—Es como si ya pertenecieras a ellos, ¿no es cierto?

—Bueno, no exactamente —negó él—. Hoy, domingo, se puede aparcar sin problemas. El personal de servicio en Scotland Yard es casi la tercera parte del de los días laborables. Pero confío en que muy pronto tenga mi sitio entre estos coches, como un miembro más del Cuerpo.

—¿Optimista?

—Debo serlo, Hazel. Creo que saldré adelante en ese examen para la plaza de químico en los laboratorios de New Scotland Yard. Y no por amistad con el inspector Bishop. Aquí no sirven las influencias. Te aceptan si vales. O te rechazan si no pasas la prueba. Pero sé que voy a salir bien del examen.

—Me dará mucha ilusión saber que trabajas para Scotland Yard. No me gustaría, por ejemplo, que fueses policía. Corren demasiados riesgos, y ni siquiera pueden llevarse armas. Pero como experto de los laboratorios, es un trabajo con porvenir, en un lugar digno de ti.

—Eres maravillosa, Hazel. Ven. Te presentaré al inspector Bishop. Luego podremos ir al teatro y a cenar. Ya sabes que es nuestro día...

Asintió ella. Cogidos de la mano, se adentraron en el moderno edificio destinado a las dependencias policiales de Londres.

Poco después, el inspector Dermis Bishop les recibía en su despacho, estrechando calurosamente la mano de Dan Nichols y con más suavidad la de su prometida Ha-zel. Hizo sentar a ambos, ofreciéndoles café y cigarrillos. Luego, el funcionario de New Scotland Yard aludió a algo que afectaba muy directamente a su joven amigo:

—Esta mañana he hablado con el doctor Westbrook, de Laboratorios —informó—. Parece ser que tiene buenas noticias para ti, Dan.

—¿De veras? —pestañeó Nichols, sorprendido. Sus grises ojos, profundos y penetrantes tras las gafas de ligeros cristales graduados y montura metálica, dorada, estudiaron al inspector atentamente—. ¿Qué clase de noticias?

—Es sobre tu *test* previo, unido a la solicitud de ingreso. Ya me entiendes: la prueba profesional psicotéc-nica. El formulario estaba perfectamente cumplido. Personalmente he visto el informe técnico y también el de la computadora: tienes el número 1-D. Es decir, formas parte del grupo seleccionado, en cuarto lugar, que corresponde a la letra «D». Como solamente se requieren tres plazas de químico, posees la mayor cantidad de posibilidades a favor. Yo no puedo ni quiero influir en tu examen. Si entras aquí, como deseas, será por merecimientos propios, Dan, y no por ayudas ni influencias.

—Así quiero que sea todo, inspector. Desde niño soñé con ser policía, con defender a la ley y proteger a la sociedad. Luego, mis estudios me alejaron de esas fantasías infantiles. Y ya siendo adulto, volvió a mí la vocación. Pero considero que puedo ser más útil como hombre de ciencia que como simple agente de policía, uniformado o de paisano. También se combate al crimen desde un laboratorio, manipulando un microscopio, analizando tejidos o residuos de cualquier naturaleza, y encontrando evidencias y pruebas que pueden dar la inocencia o la culpabilidad de una determinada persona en un delito.

—Estamos de acuerdo, Dan —afirmó Bishop—. Hoy en día, la ciencia es la más inapreciable ayuda de la ley. Un laboratorio puede resolver misterios que, de otro modo, tardarían meses en ser desvelados… o jamás se aclararían. Un mechón de cabellos, un simple hilo, una gota de líquido o un gramo de arena, han ayudado muchas veces a salvar unas vidas y a desenmascarar a unos criminales peligrosos. Y eso, llevado a mayor escala, puede ser también la mejor salvaguardia de nuestro país, cuando el problema que se maneja es a nivel internacional, ya sea por actividades de espionaje, de sabotaje o de simple subversión interior. Pero dejemos dejemos eso, muchacho. ¿Cuándo es vuestra boda?

—Hemos decidido esperar a ese examen de ingreso en Scotland Yard —sonrió Hazel, oprimiendo la mano de Dan.

—Es una posible arma de dos filos —señaló Bishop—. Imaginen que, por cualquier cosa, Dan no obtiene ese puesto, anhelado…

—No importará. Nos casaremos, de todos modos. Y en una próxima convocatoria, él se presentaría otra vez.

La boda sería el lenitivo para la desilusión inicial de Dan.

—Bravo —aprobó el inspector, complacido—. Muchacha, a eso le llamo yo sentido práctico y valor. Dan necesitará una joven como tú a su lado. Estoy seguro de que la boda será solamente para celebrar el éxito en ese examen, pero, en todo caso… siempre hay una segunda y una tercera oportunidad para quien no desfallece y está convencido de su propia valía.

—Hazel es algo magnífico, inspector —dijo Dan, sonriente—. Nunca pesimista, nunca sombría… La perfecta compañera que sabe darle ánimos a uno cuando llega el desaliento. Nos vemos poco, porque su trabajo en un hotel de lujo de Regent Street, no se compagina bien con mi horario en la Chemical Amalgamated. Yo sólo dispongo de mis fines de semana. Y en esos días es cuando Hazel, habitualmente, tiene más trabajo en el hotel, bien en su galería de servicios, bien en el bar-restaurante o en las dependencias de recepción.

—La vida actual —suspiró Bishop, sacudiendo la cabeza—. Horas y horas de trabajo, incompatibilidad de unos con otros… Todo eso se resolverá cuando os caséis. Y espero que sea el próximo mes…, justo cuando Daniel Nichols obtenga su flamante título de químico de los laboratorios de New Scotland Yard.

—Así sea —pidió fervorosamente Dan—. Será el modo de que Hazel abandone su trabajo y se dedique enteramente a mí.

—Eres un tremendo egoísta —rió de buen grado la muchacha.

—Todos los hombres lo somos —aceptó, riendo también, el inspector Bishop—. Recuerdo que cuando me casé, mi esposa me dijo que…

Se interrumpió. El teléfono de su mesa estaba sonando insistentemente. Descolgó, arrugando el ceño.

—Sólo dije que me molestaran para cuestiones urgentes y personales —dijo—. ¿Qué diablos sucederá en domingo para que me importunen…? Sí, inspector Bishop, de Scotland Yard. ¿Cómo? Oh, sí, un momento…

Apartó el teléfono de sí. Lo tendió a Hazel. Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Señorita Courtney? —sonrió el inspector—. Es para usted.

—¿Para mí? —se asombró ella—. Sólo mis padres sabían que Dan y yo vendríamos hoy aquí…

Tomó el teléfono, con inquietud. Dan la miró, intrigado.

—¿Hazel? —la voz femenina sonó lejana, angustiada. Ella la reconoció en seguida.

—¡Mamá! —exclamó—. ¿Qué ocurre, para que se te haya ocurrido llamarme a…?

—¡Es Jackie, tu hermano! —sonó alarmada la voz de su madre.

—Jackie… ¿Qué le sucede? —el corazón de Hazel comenzó a latir

fuertemente.

—No sabemos. Estaba castigado hoy, en casa. Se ha escapado. Y ha dejado una nota escrita, en su mesilla. No sé, no entiendo nada, pero estoy asustada. Ese chico es capaz de cualquier cosa...

—Mamá, serénate —aferró con mayor fuerza el teléfono al añadir—: Vamos, dime qué ha escrito en esa nota...

—No tiene sentido. Insiste en su manía... Escucha, hija. Dice asi: «Mamá, no he mentido. Vi desaparecer a esa pareja. Fue cerca del estuario. En los colectores de Chelsea. No he mentido. Voy a ver si encuentro algo para demostrártelo. Te juro que es verdad.» Eso es lo que dice el papel. ¿Te das cuenta, hija? ¡Es una locura! Ya es tarde. Puede perderse, o caer al río... Esto ha ido ya demasiado lejos. Sería conveniente darle un escarmiento. Si una patrulla de la policía le recogiera y le trajese a casa, tal vez el susto le haría cambiar...

—No te alarmes, mamá. Jackie sabe arreglárselas bien por sí solo. No sucederá nada. De todos modos, iremos en su busca. Con esos datos, puede que Dan y yo le encontremos. Te llamaré en cuanto lo hayamos conseguido. Ahora, tranquilízate.

Colgó. Dan y el inspector la miraban, preocupados.

—¿Algún problema, hija? —se interesó el inspector Bishop.

—Mi hermano. Es un embusterillo habitual, como casi todos los niños. Ayer nos contó la mayor de las mentiras, insistiendo en que era verdad. Hoy se ha escapado de casa, y ha dejado una nota. Está en los colectores de Battersea. Dan, ¿podemos ir en su busca antes de que oscurezca?

—Claro —asintió Nichols rápidamente, poniéndose en pie—. En marcha, Hazel.

—Si quieres que enviemos una patrulla... —se ofreció el policía.

—No, esta vez no será preciso, inspector —rechazó ella—. Pero no dudo que llegue a ser conveniente darle un susto a mi hermano...

Poco después, el coche de Dan se alejaba de New Scot-land Yard en busca de la orilla del Támesis, para dirigirse a Chelsea, el distrito londinense donde residían los Courtney, y donde ahora se hallaba también Jackie, en busca, según él, de una prueba para confirmar su increíble relato.

* * *

Jackie miró en derredor con incertidumbre.

No, la pelota de goma ya no estaba allí. Tal vez algún otro niño la recogió, durante la mañana de aquel domingo. Tembló, pensando si también el posible interesado en la pelota pudo ser víctima de... de

«aquello».

El cielo continuaba nublado. Pero no había bruma. Ni amenazaba lluvia. La tarde de domingo, solitaria y callada, era triste allí, junto al río, no lejos del estuario. Ni un solo transeúnte encontraba agradable pasear por aquella zona. Los coches pasaban rápidos por el paseo ribereño, allá a unas ciento cincuenta yardas de su emplazamiento actual.

La pelota se había quedado justamente donde ellos… donde ellos fueron «devorados» por aquella «cosa». Había pensado en localizar el sitio exacto gracias a la pelota. Pero aun sin ella, le era fácil recordarlo. Caminó, vacilante, en esa dirección. Se detuvo. Clavó sus grandes ojos infantiles, casi con idéntico terror que la tarde antes, en el lugar donde viera desaparecer en escasos segundos a dos seres humanos: la muchacha rubia y el hombre joven que le devolvió la pelota de un buen puntapié.

No le habían creído. Nadie había escuchado la historia de lo que presenció. Era horrible saber que había sucedido ante sus propios ojos, y nadie lo aceptaba como tal. Para todos, era una mentira más. De acuerdo; él era muy mentiroso. Se divertía inventándose cosas. Pero esto había sido diferente. Muy diferente.

No se había inventado nada. El vio todo aquello. Aún no podía creerlo, pero había sucedido ante él. Parecía imposible. Cosas así no pueden suceder. Sin embargo…

Sin embargo, allí estaba ahora. Tenía que buscar algo. Una evidencia, por pequeña que fuese. Tenía que probar a aquellos estúpidos que eran los mayores, los adultos, ciegos a todo lo que fuese su pretendida lógica racional, que él no había mentido esta vez. Y que si una pareja joven y llena de vida, había desaparecido engullida por… por «aquello», otros muchos podían seguir el mismo camino, sin que nadie se diera apenas cuenta.

Llegó ante la rejilla de la alcantarilla más próxima al paseo. La última, contando desde la boca del colector, bajo el río Támesis. Sus ojos de niño amedrentado, se fijaron en la mancha oscura, como de óxido, que se extendía hasta el borde mismo de los hierros que formaban reja en el suelo, entre hierbajos y piedrecillas.

Allí. Fue *allí*, justamente.

Podía recordarlo todo, detalle a detalle. Se agitó su cuerpecito delgado y desgarbado, con un profundo escalofrío. De repente, tuvo miedo.

Miró al río, de un gris oscuro, casi sucio. Al cielo del atardecer dominical, grisáceo y hosco. A los edificios, silenciosos y sin vida. Las chimeneas no despedían humo en domingo. Los talleres y fábricas estaban cerrados.

Repentinamente, Jackie pareció darse cuenta de que estaba solo.

Tremendamente solo, en un lugar donde parecia flotar un presagio funesto, donde la muerte invisible, silenciosa y maligna, parecía acechar solapadamente a todo ser viviente que se arriesgara a permanecer en solitario.

Sus ojos habían visto algo, brillando entre las piedras y hierbajos. Se inclinó para rebuscar allí y tomar lo que veía. Tal vez fuese la evidencia que buscaba para convencer a su familia, para que sus padres y hermana le tomaran en serio. Para que se informase a la policía de todo aquello...

Al mismo tiempo, empezó aquel horrible olor.

Jackie dio un respingo. Se echó atrás, con instintivo terror. ¡El olor...!

Recordó inmediatamente los detalles. Aquel siniestro, espantoso hedor de la tarde anterior en el mismo sitio... Era como olfatear la peor de las basuras, los detritus corrompidos del más infecto vertedero.

Olía igual cuando ocurrió aquello. Era un olor pestilente, que venía de todas partes, y de ninguna en particular. Recordó vagamente habérselo mencionado a su madre, cuando ella le castigó por embustero. Pero nunca pensó que tuviera nada que ver con... con «lo otro».

Jackie tuvo miedo. Jackie empezó a sentir un helado terror dentro de sí. De repente se veía indefenso, como acechado por «algo» maligno y terrible, que no estaba lejos de él, aunque no alcanzaba a verlo.

—No, no... —sollozó, tembloroso—. No puedo..., no puedo continuar aquí... Tengo miedo... ¡Tengo mucho miedo! Oh, mamá... Mamá, papá... ¿Dónde estáis? ¡Os necesito! ¡Tengo miedo!

Y dio media vuelta para echar a correr, para huir. Para alejarse del lugar que presentía maldito, para irse lejos de aquel punto donde su instinto infantil le decía que un horror agazapado podía emerger de nuevo, como la tarde antes... y terminar también con él.

Jackie no llegó a iniciar su desesperada carrera.

Sus pies parecieron echar repentinas raíces en tierra. Sus ojos amedrentados se desorbitaron en el pequeño, pecoso rostro infantil, de súbito lívido y desencajado por el terror.

Era tarde. Demasiado tarde.

«Aquello» estaba allí, delante de él, acercándose sinuoso, emitiendo un raro siseo, al tiempo que el hedor se hacía repugnante, intolerable, y le envolvía en vapores pestilentes.

Jackie gritó. Gritó larga, desesperadamente.

Gritó como lo hiciera noches antes un vagabundo llamado Potts, en una callejuela de Spitalfields. Como lo hiciera el día anterior una muchacha llamada Cynthia, en aquel mismo lugar.

Fue el suyo un alarido de pavor, de angustia, de muerte y de exasperación impotente. Luego, «algo» cayó sobre el pequeño. Una sombra densa y alucinante le envolvió. Una succión horripilante se mezcló con los estertores ahogados de un ser que se debatía en la más espantosa de las agonías, hasta que sonó un largo, chirriante crujido de fibras vivientes trituradas, prensadas, deglutidas…

Y del pequeño Jackie Courtney no quedó nada. Nada, salvo leves gotas de sangre en tierra, no lejos de la oscura mancha que dejara veinticuatro horas antes la sangre de Cynthia Dekker y de Ronald Hayes.

El único testigo había desaparecido para siempre. Engullido por la misma «cosa» maldita que terminara con otros seres anteriormente.

Instantes después, al caer la noche sobre la zona, nada parecía revelar allí la presencia de *algo* que era una sentencia de muerte para todo ser humano. Al borde del sucio río, el anochecer del domingo volvía a recobrar su aburrida indolencia.

CAPÍTULO III SOSPECHA

LOS faros del automóvil se deslizaron una vez más a todo lo largo y ancho de la zona. Sombras fantasmales parecieron correr y perseguirse delante de las luces del vehículo, en una mutua cacería espectral. Pero de entre todo lo que los faros del «Morris» iluminaba, nada era realmente animado, salvo por efecto de las luces en movimiento. Muros, esquinas, hierbas y piedras, formando un paisaje feo y triste, junto a la orilla del Támesis, en aquel arrabal de Chelsea destinado a zona industrial y a colectores de desperdicios.

Dan Nichols se volvió lentamente a su acompañante. Meneó la cabeza.

—Nada, Hazel —dijo—. No hay nada ni nadie en toda esa extensión. Sería inútil buscar más.

—Pero..., pero Jackie tuvo que venir aquí... —argumentó ella, angustiada—. Es uno de sus sitios habituales de juego. Dista sólo melia milla de casa. Además, él afirmaba que aquí..., aquí sucedió...

—Sucedió ¿el qué, Hazel?

—Bueno, lo que él imaginó... Dijo que vendría a buscar evidencias que probasen que él no mentía.

—En ese caso estaría aquí. Y no se le ve. Aunque posiblemente, asustado por la idea de que vinierais en su busca, se habrá desplazado a otro lugar. De cualquier modo, son sitios peligrosos todos éstos. No por despoblados, sino por la vecindad del río. Una imprudencia podría costarle cara a tu hermano. ¿Sabe nadar?

—Sí. Pero no lo suficiente para salvarse en un río como el Támesis —se inquietó ella.

—Entiendo —Dan se frotó el mentón—. Vamos a hacer algo, Hazel. Recorreremos los alrededores, en busca de algún indicio del paradero de tu hermano. Mientras tanto, telefonearemos a tu casa también. Si no ha vuelto, pediremos una patrulla policial que registre la orilla del río. Si aun así no apareciera, Hazel... tendríamos que... que hacer dragar el río, ¿entiendes?

—Sí —Hazel dejó resbalar unas silenciosas lágrimas por sus mejillas—. Sí, entiendo...

—No quiero decir que piense lo peor, sino que estoy diciéndote todo lo que debe hacerse, antes de pasar a darle por desaparecido. Hemos de obrar con serenidad, apurando todos los recursos. El dragado será lo último. También cabe que, asustado por su acción, haya tomado un tren cualquiera, incluso de cercanías, por lo que serán avisadas las estaciones suburbanas y alertados los agentes de servicio en determinados puntos. Pero antes de poner todo eso en movimiento,

hay que comprobar que, efectivamente, Jackie no ha vuelto a casa, arrepentido, ni anda deambulando por ahí, sin saber qué decisión tomar.

—Entiendo, Dan. Pero algo me dice, interiormente, que Jackie no ha vuelto a casa…

Nichols miró pensativo a la joven. La luz de los faros espejeaba en sus gafas que le daban un aire universitario. A ello contribuía su figura alta, esbelta, atlé-tica, propia de un deportista con expresión de intelectual. A fin de cuentas, eso había sido siempre Dan Nichols: un buen jugador de fútbol, de baloncesto y de otros deportes. Pero preocupado por su carrera de químico, que ahora quería poner al servicio de la ley.

Estaba preocupado, aunque no lo demostraba. Conocía a Jackie. Era un muchacho travieso y mentirosillo, como muchos de su edad. Pero simpático, noble y buen chico como el primero. Además, era el hermano de Ha-zel. Haría lo que fuera preciso para dar con él. Esperaba que la sospecha de Hazel fuera solamente eso: una sospecha. Y que Jackie estuviera ya en casa, recibiendo la regañina de su madre.

Sin embargo, no era sólo una sospecha, sino quizá una corazonada. Porque la llamada telefónica confirmó los temores de la joven: Jackie no había vuelto aún.

Hazel, serenamente, dio ánimos a su madre, antes de colgar. Luego, miró acongojada a su compañero. Dan entendió lo que pasaba por ella en esos momentos. No trató de consolarla, sin embargo.

—Vamos —dijo, escueto—. Preguntarse cosas, no sirve de nada. Busquemos. Yo telefonearé ahora mismo a Scotland Yard.

Y lo hizo, informando personalmente al inspector Bishop. Escuchó, y colgó.

—Adelante —dijo, decidido—. Buscaremos por nuestro lado. Bishop va a enviar tres coches-patrulla río abajo. Y transmitirán un mensaje a las redes de ferrocarriles de cercanías. Los domingos son días de mucho tránsito, pero un niño solitario será fácilmente localizado.

Hazel asintió. No lloraba, pero sus ojos enrojecidos y húmedos eran sintomáticos. Dan la tomó por la mano, que repentinamente estaba fría y como sin fuerzas. Tiró de ella, para iniciar una búsqueda exhaustiva de Jackie.

Una búsqueda que esperaba no fuese estéril. Pero que, desgraciadamente, no respondió a los deseos fervientes de Dan Nichols y de la joven hermana de Jackie.

El niño no apareció por parte alguna.

Ni aquella noche ni nunca.

* * *

El lunes amaneció frío y desapacible. Había densos nubarrones sobre el río. Las edificaciones londinenses se perdían en la neblina grisácesa de una mañana hosca y tristona.

Dan Nichols se sirvió otra taza de café, sin azúcar. Le pesaban los párpados y notaba cansancio en su cuerpo, pero no tenía realmente sueño, sino fatiga, agotar miento. Y también decepción, desmoralización total.

Estudió la luz sucia y turbia del amanecer. Consultó su reloj, nervioso, tomando un largo sorbo de café.

—Cuando sea hora, ve a tu trabajo —le recomendó Bishop—. No ganas nada permaneciendo aquí, a la espera.

—No, no —rechazó Dan—. Telefonearé a mi empresa, disculpándome por hoy. No puedo dejar sola a Hazel en esta situación.

—Entiendo —el inspector asintió, ceñudo. Miró al teléfono, que permanecía silencioso—. Si no hay noticias a las nueve, dragaremos esa zona del río con hombres-rana. Es lo único que nos queda por hacer, Dan.

—Lo único —convino Nichols, dejando el vaso de café sobre la mesa, y entrelazando sus dedos—. Sí, es cierto... En los ferrocarriles no hubo novedad. En las patrullas, tampoco. Se encontraron hasta seis niños extraviados... y ninguno era Jackie. No sé, no entiendo lo que habrá sido de ese muchacho.

—Mientras no haya sido lo peor...

Los ojos de Dan se ensombrecieron ante el comentario del policía amigo. Y no porque él no hubiera pensado algo parecido anteriormente. Quería alimentar alguna esperanza, pero empezaba a creer que era inútil. Los indicios, hasta ahora, mostraban toda la apariencia de ser negativos y señalar hacia un desenlace fatídico, fuese el que fuera.

La noche entera había transcurrido pendiente de llamadas, de informes, mientras ellos mismos recorrían Chelsea y otras zonas cercanas, de lado a lado, en busca de una posible pista del paso de Jackie por allá. No encontraron nada. Ni ellos, ni los agentes de Scotland Yard.

El inspector Bishop, en vez de abandonar su despacho a medianoche y retirarse a descansar, había telefoneado a su esposa, notificándole que, por un caso de suma urgencia, aquella noche no iría a dormir.

Ahora, ya con la luz del turbio día asomando tras los edificios de la ciudad, cundía el desánimo y la desesperanza. No se veía posibilidad de un resultado cercano y positivo. A Jackie parecía

habérsele tragado repentinamente la tierra.

Pero no podían abandonar por eso. No aún. Y no abandonaban. Allí estaban. Apurando posibilidades. A la espera de nuevos informes. La búsqueda ahora se extendía a toda la ciudad. Se había enviado una descripción completa y una fotografía del niño a todos los rotativos de la mañana y de la noche, para que el lunes se publicara en el país entero. Otra fotografía sería retransmitida en televisión a mediodía. Y la BBC daba los datos físicos de Jackie con cierta regularidad, en sus boletines informativos, para que la colaboración ciudadana pudiera contribuir al posible éxito de la búsqueda.

La máquina se había puesto en funcionamiento. Lo demás, dependía de la gente, del propio Jackie, si estaba sano y salvo y se dejaba ver. Y del azar, de la fortuna, del destino mismo. De tantas y tantas cosas...

Dan salió del despacho. Esperaba que Hazel hubiera sido vencida por el sueño, pero no era así. En el gabinete vecino a la oñcina de Bishop permanecía sentada en el sofá sin tenderse siquiera a descansar. Y sin cerrar sus ojos.

Apenas vio aparecer a Dan, se irguió, esperanzada. Su voz sonó quebrada, pero con cierto tono de animación aún:

—¿Ha habido novedades, Dan? ¿Se sabe algo...?

—Nada aún —suspiró él—. Lo siento, Hazel. Se está intentando todo.

—Lo sé —miró **a** su madre, muy pálida y demudada, sentada al lado opuesto del gabinete—. Papá tampoco ha telefoneado. Eso quiere decir que no ha ido a casa...

La madre cerró sus ojos. Le temblaban las manos sobre las rodillas.

—Dios mió, si llego a saberlo, nunca le hubiera castigado r—musitó—. Sólo quise darle un escarmiento por sus mentiras...

—No tiene nada de qué lamentarse, señora —replicó Dan suavemente—. Creo que cualquiera hubiese hecho lo mismo con su hijo. ¿Acostumbra Jackie a ausentarse de casa cuando se le riñe o castiga por sus travesuras?

—No. Jamás lo hizo —ella le miró patéticamente—. No sé por qué obró así. No entiendo tampoco por qué tuvo que inventarse algo así, tan fantástico, tan disparatado...

—¿Qué es lo que inventó? —quis saber Dan Nichols, curioso.

—Pues fue algo que...

En aquel momento llegó hasta ellos el timbre del teléfono, procedente del despacho de Bishop. Rápido, Dan dio media vuelta, ante la esperanzada tensión de las dos mujeres, y corrió a reunirse con su amigo.

El inspector tenía ya en su mano el receptor, y escuchaba atento.

Miró a Dan, sin dejar de atender el teléfono. Meneó la cabeza, en sentido negativo, con un gesto ceñudo que Nichols no acabó de entender.

Finalmente, dijo algo sobre otro departamento de Scotland Yard, al cual pasó la llamada, y explicó a Nichols secamente:

—No, nada relacionado con el chico… Era una denuncia hecha hoy. Insistían sobre una pareja de jóvenes desaparecidos. Unos novios, creo… Es cosa de Personas Desaparecidas, no mía. Pero di instrucciones de que se me pasara todo informe sobre desapariciones aquí… En fin, nada sobre Jackie Courtney, la verdad. Lo siento, Dan.

—Sí, claro. También lo sienten ellas —señaló a la puerta entreabierta, por donde ahora asomaban los rostros de Hazel y de su madre. Les hizo un gesto, al añadir, dirigiéndose a ambas—: No era para nosotros. Esperad, por favor.

Se retiraron ellas. Se percibió un breve, ahogado sollozo. Dan y Bishop se miraron en silencio. El inspector sacudió la cabeza.

—Cielos, me siento realmente mal —dijo—. Daría años de mi vida por tener alguna buena noticia para esas mujeres, Dan.

—Por desgracia, no podemos hacer nada. Sólo esperar —Nichols volvió a sentarse frente a la mesa del inspector—. Y si a las nueve no sucede nada especial… esperar de nuevo a que los hombres-rana busquen en el fondo del río.

—Sí —murmuró Bishop, sombrío—. Esperar. Siempre esperar…

* * *

La espera había terminado.

A las nuece comenzó el dragado del Támesis. Los hombres-rana buscaban en su fondo. Una serie de embarcaciones policiales formaban cordón en las orillas del río, turnándose en las posiciones y en las zonas de búsqueda, todas ellas de Chelsea y de Battersea Park.

Las emisoras de radio y televisión comenzaron a retransmitir datos sobre el pequeño. Los diarios publicaron su fotografía. Pero nadie informó positivamente. Nadie parecía haber visto al niño aquel domingo nuboso y triste.

El dragado tampoco ofrecía de momento resultado positivo alguno. Pese a ello, se continuaba. Bishop, personalmente, aunque no era tarea suya, llevaba el mando de la operación, por su amistad hacia Dan Nichols. Este se encontraba junto a los agentes y hombres-rana de las Brigadas Fluviales de Scotland Yard, como testigo de la búsqueda. Hazel estaba ya en casa con sus padres. Esperando. Esperando en vano…

Al llegar la noche de aquel lunes tenso e inquieto, el dragado se dio por concluido, tras una exhaustiva búsqueda hasta las bocas de los colectores de Chelsea, frente a Battersea Park.

Resultado: nulo.

Jackie Courtney era ya oñcialmente un desaparecido. Bishop, con un suspiro profundo, pasó el expediente del niño a Personas Desaparecidas. Ya no podía hacer más personalmente. Insistió en que se extremaran los medios para localizarlo. Pero en el fondo, se sentía ya pesimista. Sabía que, virtualmente, se habían agotado todos los medios a su alcance. La travesura infantil, no podía haber ido tan lejos. Algo le había sucedido a Jackie. Sólo esperaba hallar, cuando menos, su cadáver. Temía que era lo único que podría ofrecerle a Hazel y a sus padres.

£1 inspector Harding, de Desaparecidos, tomó el expediente con aire de disgusto. Lo puso sobre su mesa, junto al de otras dos personas cuya desaparición había sido denunciada aquel mismo domingo, sin resultado positivo hasta ahora: unos jóvenes llamados Bonald Hayes y Cynthia Dekker, prometidos. Se ignoraba dónde pudieron ser vistos por última vez. Se sabía que iban en el automóvil de él, y se estaba buscando por todo Londres insistentemente. Era un «Austin» modelo de dos años atrás, color gris.

—Haré lo que pueda por el chico, Bishop —declaró Harding, examinando la carpeta con fotografías y datos archivados—. Pero ya tengo bastantes problemas con esa parejita que se nos ha perdido, al parecer, el sábado por la noche, en alguna parte de Londres... Esta ciudad es como un maldito laberinto. Siempre se nos pierde alguien. Y no siempre aparece luego...

Bishop no tuvo ánimos ni para sonreír. Además de sentirse cansado, experimentaba cierta solidaridad personal con los familiares de Jackie. Recordaba a Hazel, a su madre, a Dan... Ni siquiera se enteró mucho de lo que comentaba Harding cuando recibió, en aquellos momentos, una llamada telefónica, y se apresuró a anotar en su *dossier* correspondiente los datos que recibía de un patrullero :

—Sí, sí... Entiendo, agente Baker... Sí, muy bien. «Austin» gris, modelo de hace dos años. Matrícula... Sí, exacto. Ese es. ¿Dónde? Oh, ya veo... Chelsea. Cerca de los colectores. Conforme, sí. Está anotado. Revisen los alrededores, interroguen a posibles testigos de la presencia de la pareja en algún bar, en algún restaurante, cinematógrafo o parque... Sí, sí. Estaré esperando.

Colgó. Bishop, profundamente pensativo, sin haber atendido conscientemente a las palabras rutinarias de su colega al teléfono, salía ya de la oficina, cabizbajo y con el único afán de meterse en su cama y dormir unas horas, antes de volver al servicio.

En aquel momento, ni él ni Harding advirtieron el factor común a

ambos casos, que se había escapado en el informe telefónico de urgencia: Chelsea, con los colectores del Támesis...

Fue un error también común. Pero tardaron demasiado en advertirlo.

Aunque eso, quizá, no hubiera cambiado excesivamente el curso de los acontecimientos en el futuro.

* * *

Los sollozos de mujer le llegaban ahogados. Hubiera querido ser sordo en esos momentos para no escucharlos. Pero eso no era posible. Los oía. Inevitablemente, los oía.

Bajó la cabeza. Se aferró las sienes, contemplando, con la frente apoyada en el vidrio, la vista de aquel apacible barrio de Chelsea, donde parecía imposible que pudiera suceder nada trágico.

—Dios mío —murmuró, chocando levemente sus gafas con el ventanal—. Si pudiera hacer algo por ellos...

Permaneció silencioso, queriendo pensar en algo que no fuera lo que le rodeaba. Pero eso no era nada fácil. De pronto, una mano firme, sólida, se apoyó en su hombro.

—No tiene nada que reprocharse, Dan —susurró la voz varonil, ronca—. Ha hecho todo lo posible. Mucho más de lo que era de prever, muchacho. Gracias por ello.

Se volvió. No necesitaba hacerlo para imaginar el rostro crispado de Adam Courtney, el padre de Hazel. Y, también, naturalmente, el padre de Jackie...

—No ha sido suficiente —jadeó Nichols—. Cuando no es suficiente, ¿de qué sirve intentarlo todo?

—Al menos, queda la conciencia tranquila, porque se ha intentado. Y eso ya es mucho, Dan. Yo, personalmente..., tuve pocas esperanzas cuando sucedió.

—¿Usted? —Dan se volvió a él, perplejo—. ¿No confiaba en recuperar a su hijo?

—No —tragó saliva el hombre. Separó su mano del hombro de Nichols, y caminó pesadamente hasta un sillón, donde se dejó caer con abatimiento. Tras un silencio, añadió con lentitud—: Es raro, pero cuando Jackie se fue de casa... tuve un raro presentimiento. Me dije si no serían las cosas diferentes a como todos imaginábamos...

—¿Diferentes?

—Sí, Dan. Ya sabe a lo que me refiero. Es el viejo cuento del pastor y el lobo. Se pasaba la vida gastando bromas pesadas a los demás pastores. Gritaba, avisando de la presencia del lobo, y todos

aparecían armados, para ayudarle. Era mentira. Un día, realmente, el lobo apareció, y empezó a destrozar su rebaño. Sus gritos no sirvieron ya de nada. Nadie creía en el pastor mentiroso. Y se quedó sin ganado…

—¿Qué ha querido decir con eso? —Dan se incorporó, apartándose del ventanal, reflexivo.

—Oh, bueno, será una tontería, pero en estos momentos, todo puede admitirse como válido, hijo. He perdido a Jackie, y no sé qué pensar. Es una locura aceptarlo, pero ¿por qué no suponer, realmente, que escribió lo que sentía, que fue en busca de algo que probase su relato, y demostrara que no era mentira?

—Un momento, señor Courtney —habló despacio Dan, yendo hacia él—. Ahora mismo me doy cuenta de que hay algo que no he llegado todavía a saber, pese a las horas que hace que se busca a su hijo. Algo que no nos ha preocupado realmente a ninguno. ¿Cuál fue la mentira de Jackie, cuando su madre le castigó el sábado por la noche?

—¿De veras quiere saberlo? —le miró con lealtad el padre del niño perdido.

—Sí, por favor. Tal vez…, tal vez pudiera ser importante, aunque no sé hasta qué punto.

—¿De veras no va a reírse de mí, por pensar fugazmente siquiera, que *pudo* ser verdad?

—¿Reírme? Tiene mi palabra de que no será así… —Dan trató de sonreír, con escaso éxito—. He sido niño también. He inventado cosas. Quisiera separar la posible mentira de la posible verdad. Por si ello nos da alguna pista, sólo eso.

—¿Pista? No, no creo que le dé ninguna. Usted, Dan, es un muchacho dedicado a la ciencia. Una mente científica rechaza cosas así. Yo…, yo también lo rechacé primero. Como mi mujer, como Hazel, como todos. Luego…, luego me he puesto a meditar… y estoy hecho un lío.

—No creo que eso empeore ya las cosas. Cuéntemelo, por favor.

—Sí, Dan. Escuche. Cuando Jackie volvió el sábado por la noche a casa, venía muy pálido, sudoroso, como asustado. Y contó que…

* * *

Bishop miró ñjamente a su amigo. Meneó la cabeza, aturdido.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —masculló, apurando su café para despejarse un poco.

—No hablo en broma, Bishop. Es lo que me ha contado su padre.

—Cielos, es un cuento de niños. Una fantasía delirante...

—¿Fantasía? Posiblemente. Pero ¿y si hay algo de cierto en ello? Pudo haber alguien que atacara a esa pareja delante de sus ojos. Y su imaginación hizo el resto.

—No, no —rechazó el inspector—. Eso no tiene sentido. Es una simple mentira infantil.

—¿De veras? —Dan se inclinó sobre la mesa del despacho de New Scotland Yard, donde el inspector había acudido un par de horas antes, aún fatigado por las horas de tensión y vigilia del día anterior —. ¿Y qué me dices de algo que tenías entre manos justamente ayer en este mismo despacho?

—¿Ayer? ¿A qué te refieres? —frunció Bishop el ceño.

—Una llamada de Personas Desaparecidas. Una pareja de novios. ¿Se les encontró ya?

—¿Novios? —Bishop recordó, con sobresalto—. Cielos, no... Bueno, no creo. No sé, exactamente, Dan. Pasó a la Sección de Desaparecidos. El inspector Harding lleva eso.

—¿Por qué no llamas, entonces, al inspector Harding? —indagó serenamente Dan, señalando los teléfonos de su mesa.

—Diablo, sólo faltaba eso —refunfuñó el inspector, irritado. Miró de soslayo a Dan, con el ceño fruncido, y terminó por levantar un teléfono, con gesto brusco. Pidió a la operaría—: Con el inspector Harding, por favor. Es urgente.

Esperó unos momentos, tabaleando impaciente en la mesa. Miró con disgusto a Dan. Refunfuñó, malhumorado :

—¡Cuentos de niños! Oh, Dan, creo que esto ya es demasiado... — se interrumpió al oír la voz de su colega al otro extremo del hilo. Se inclinó, hablando atropellado—: ¿Harding? Sí, soy Bishop. No, no es nada de mi departamento, sino del tuyo. Sí, unos desaparecidos. Espera. Una pareja de jóvenes. Novios, creo. Se denunció el domingo su desaparición. Sí, por la familia de ambos. Creo..., creo que desaparecieron el sábado por la noche. ¿Cómo? Ah, sí, ésos deben ser... Ronald Hayes y Cynthia Dekker... ¿Cómo? ¿Nada sobre ellos? ¿Ni rastro? Oh, entiendo. Su coche. ¿Que yo estaba delante? ¡Diablo! ¿Y yo qué sé? Tenía otras cosas en la cabeza para preocuparme entonces por eso. ¿Qué sucedió? ¿Cómo? ¿Su coche? ¿Un «Austin» gris? Creo recordar algo, sí... ¿Se encontró? ¿En... en Chelsea? ¿Has dicho... *Chelsea*"? ¿Qué parte de Chelsea, exactamente?

Sus ojos se fijaban, muy abiertos, en Dan Nichols, que había apretado los labios, perdido ligeramente el color. Harding habló. Bishop soltó una imprecación y, sin dar siquiera las gracias a su colega, colgó.

—Adelante, Bishop —jadeó Dan—. ¿Qué ha dicho Harding?

—Chelsea... —musitó el inspector—. Cerca de los... los colectores

de Battersea…

Los dos hombres se miraron ñja, largamente. Luego, como movidos por un mismo y común impulso, se pusieron en pie de un salto. Corrieron hacia la salida.

La misma sospecha había estallado brutalmente en el fondo de sus cerebros.

CAPÍTULO IV «ALGO»

LA noche estaba salpicada de luz.

Eran luces blancas, proyectadas en un entramado fantástico. Todas sobre el mismo lugar. Todas entrelazándose. Faros de automóvil, proyectores de la policía...

La zona se había acordonado. Agentes armados esperaban en torno. Policías expertos en el rastreo revisaban la zona, bajo la luz de los faros. Palmo a palmo, detalle a detalle. Se extraían moldes de pisadas, de señales en la tierra o en la hierba. Allá, al fondo, en el río oscuro, de vez en cuando ululaban las sirenas de los remolcadores.

Dan Nichols formaba parte del grupo explorador. A su lado, Bishop y Harding supervisaban la búsqueda. Ninguno de ellos hablaba. Sus ojos se mantenían fljos en la acción de los miembros de Scotland Yard que rastreaban intensamente el sector acordonado, entre las fábricas ribereñas y los colectores de Battersea.

—Personalmente, sigo creyendo que todo eso es un puro disparate —era Harding quien hablaba, rompiendo el silencio—. La fantasía de un niño imaginativo, que acaso terminó trágicamente en el fondo de alguna zanja o en el propio río, sin ser hallado, ha movilizado a todos nosotros estérilmente. ¿Qué esperan hallar aquí?

—Nichols ha indicado algo plausible: una pareja de novios desapareció —la réplica del inspector fue rápida y contundente—. Su coche se halla abandonado a menos de cien yardas de aquí. Un niño confiesa haber visto... Bueno, confiesa haber visto algo muy raro, pero que explica la desaparición de la pareja en cuestión. Luego, él mismo dice volver aquí, en busca de un indicio..., y desaparece. Tal vez por igual motivo que la pareja anterior.

—Por Dios, Bishop, ¿es que vas a aceptar que... que una «cosa» así haya sido capaz de... de *devorar* a unos seres humanos? No tiene el menor sentido, y tú lo sabes. Y si tu amigo es un científico que, además, pretende entrar en nuestro Cuerpo, lo sabe igual o mejor que tú.

—Tal vez hubiera un detalle de pura imaginación en la historia de Jackie Courtney —convino gravemente Dan—. Pero no todo fue imaginado, o esa pareja hubiese aparecido en un sitio u otro.

—Imagine que vio un simple rapto, cometido por delincuentes habituales, y lo adornó con algún recuerdo de un filme de ciencia-ficción o un *comic* de esos que deberían prohibir a los niños —rezongó Harding—. ¿Encontraríamos aquí a los secuestradores?

—No —admitió Dan—. Pero sí, quizá, un simple indicio que...

—¡Inspector! —llamó de repente uno de los expertos—. ¡Venga,

por favor!

Eso interrumpió la charla. Harding corrió a reunirse con su subordinado. Tras él, corrieron también Bishop y Nichols.

Un agente de paisano, agachado junto a una rejilla de las alcantarillas, se erguía, con algo entre los pliegues de un papel especial, utilizado para sujetar los objetos en cuestión. La luz de los coches-patrulla, arrancó destellos dorados de los mismos.

—Lo encontramos sobre unas manchas oscuras que parecen sangre —señaló el agente—. Están recogiéndose muestras de la tierra manchada para analizarla. Vean esto.

Miraron los tres hombres. Lo que el agente sujetaba, sin rozarlo en absoluto con sus dedos, era un anillo de oro, el fragmento de una pulsera femenina, y algo que, quizá, fue parte de un pequeño pendiente también de oro.

Los tres objetos aparecían doblados, arrugados, como si algo los hubiera deformado. El agente, utilizando un cristal de aumento, amplió la explicación:

—El anillo lleva una inscripción grabada en su interior: «De R. H. a C. D.» Es todo.

—«De Roland Hayes a Cynthia Dekker» —recitó fríamente Nichols, sin vacilar.

Harding le miró de soslayo, ceñudo. Dio instrucciones a su subordinado:

—Envuelva eso y entregúelo al laboratorio. Quiero un informe de su análisis lo antes posible.

—Sí, señor —asintió el subordinado.

—Un momento, inspector —terció Dan vivamente—. ¿Puedo asistir al análisis de esos objetos? Sé que no es correcto ni reglamentario que un extraño se introduzca en Scotland Yard para algo así, pero tenga en cuenta que soy químico, prometido de la muchacha **que** ha perdido a su hermano... y que quizá no tardando mucho, pertenezca también a su propio Cuerpo, señor.

—No —dijo Harding, tajante—. Lo siento. Usted mismo lo dijo, joven: no sería correcto ni reglamentario. No puedo autorizarle a tal cosa. Tenemos ya químicos en Scotland Yard.

—Lo sé, inspector. Pero quisiera poder cooperar en esto, comprobar los resultados de su análisis... Es un interés particular y especialísimo.

—Harding, si de algo sirve mi empeño, te agradecería que ayudaras a Nichols —terció Bishop—. Te lo pido como un favor especial. Sólo como observador, en todo caso.

Harding arrugó el ceño. Miró pensativo a su colega. Luego, a Dan Nichols. Al final, de mala gana, concedió:

—Conforme. Sólo de observador, joven. Y excepclo-nalmente, por

esta sola vez...

—Sí, inspector —suspiró Dan—. Gracias. Gracias de todo corazón...

Y sus ojos brillaban extrañamente, fijos en aquella alcantarilla enrejada, y también en el envoltorio que el policía llevaba consigo, para entregar al coche especial de Servicios Técnicos de Scotland Yard.

* * *

Las manos, enguantadas con aquella goma liviana, translúcida, que envolvía los hábiles dedos del químico, llevaron bajo el microscopio la pequeña pieza de oro.

Unas finísimas, sutiles pinzas, arrancaron algo de la superficie metálica. A simple vista, no era nada, ni siquiera del grosor de un cabello.

El microscopio reveló una serie de fibras diminutas, como placas. Todas de color oscuro. Salieron de la superficie dorada con cierta dificultad, adheridas como algo gomoso. Aquellas fibras se quedaron sobre la plataforma de vidrio del microscopio. Elevó el químico el número de aumentos del juego óptico.

Al mismo tiempo, otra pieza de oro hallada en Chel-sea pasaba al microscopio electrónico situado cerca del convencional. Un técnico en la manipulación del mecanismo comenzó a preparar otra clase de análisis más minucioso y profundo, cuyos resultados serían luego compaginados con los tradicionales, y de todo ello saldría, posiblemente, un informe concreto y preciso acerca de las piezas de oro halladas en el lugar donde, aparentemente, había habido en breve tiempo hasta tres desapariciones.

Dan Nichols, atento observador de todo ello, no interrumpía ni un solo momento la labor de los expertos. El director de Laboratorios de Scotland Yard, Fred R. Greene, se acercó a él, con un gesto risueño en el rostro, las manos hundidas en su bata de trabajo.

—¿Qué le preocupa especialmente de este análisis, Nichols? —se interesó.

—La imaginación de un niño —dijo inesperadamente Dan.

—¿Cómo? —Greene le estudió, perplejo.

—Perdone. Pensaba en algo especial —sonrió forzadamente el joven. Se limpió los vidrios de sus gafas cuidadosamente—. Lo cierto es que no sé lo que espero. Tal vez ni siquiera haya nada en esos objetos, pero...

—Evidentemente, hay algo. No sabemos lo que ello sea, pero está

adherido al oro, en diminutas partículas, inapreciables a simple vista. Los análisis darán una respuesta. Nichols, me ha dicho el inspector Bishop que posiblemente le tengamos aquí en breve, como miembro de nuestro grupo de trabajo.

—Eso quisiera —Dan sacudió la cabeza—. Tengo aún que pasar el examen.

—Lo sé. Matemáticamente tiene muchas posibilidades de ingresar. Es usted un buen profesional y un hombre de auténtica vocación. ¿Esto lo hace por simple interés como tal?

—No, no. Es algo muy personal. Quiero ser la primera persona que crea en un niño embustero. Y eso puede ser un error por mi parte, no lo sé aún.

—¿Ese niño tiene algo que ver con el trabajo que llevamos a cabo ahora?

—Sí. Por ahora nadie lo cree aún. Pero desgraciadamente, los detalles van encajando con pequeñas y difíciles piezas de un *puzzle* complejo. Si las grandes piezas llegan también a encajar…, no sé lo que va a suceder.

—Sus palabras son un misterio para mí —confesó Greene, enarcando las cejas.

—Dios quiera que sigan siéndolo siempre. Será señal de que no ha valido la pena aclararlas, porque todo resultó como la mayoría espera.

Y sin ampliar nada más sus enigmáticos comentarios, Dan Nichols se encaminó a la computadora, en cuya pantalla empezaba a aparecer la pieza de oro, situada bajo el microscopio electrónico. Paulatinamente, las pulsaciones del técnico iban ampliando el número de aumentos sobre la pieza. El oro pareció convertirse en un campo terso y dorado que invadía toda la pantalla.

Pero había más. Algo más.

Una especie de corpúsculos oscuros, pegajosos, aparecieron a la vista. El técnico arrugó el ceño. Dan se inclinó, conteniendo el aliento. La mano del programador manipuló el mando del microscopio, centrándolo en las manchas. Multiplicó los aumentos una y otra vez, hasta obtener una imagen fantántica de «algo» que se adhería al oro de un simple trozo de pulsera, transformada ahora en gigantesco mundo dorado.

Dan pestañeó repetidamente, perdiendo el color.

—¡Venga, señor! —llamó roncamente el técnico a Pred E. Greene, director del Laboratorio de New Scotland Yard—. ¡Vea esto, por favor!

Green corrió a la llamada de su subordinado. Dan Nichols, rápido, clavó sus ojos en la pantalla, donde un nuevo y gran aumento mostraba aquellos corpúsculos color oscuro, con toda nitidez y tamaño fabuloso.

Lo más increíble de todo es que aquellos microscópicos

elementos, parecidos a simples esporas, invisibles normalmente para el ojo humano… SE MOVÍAN, llenas de vida.

* * *

Harding y Bishop cambiaron una mirada entre sí. Luego, contemplaron fijamente a Dan Nichols, erguido ante ellos.

—Y bien, amigo mío —suspiró Bishop—. ¿Qué conclusiones se pueden sacar de todo eso?

—El informe aún no es oficial. Deben comprobarlo los laboratorios. Pero hay un indicio claro de lo que va a ser. Greene, personalmente, se ocupa ahora del análisis definitivo de esas esporas… o lo que sean.

—Según parece, son organismos microscópicos dotados de vida orgánica.

—Exacto, eso son —advirtió Dan, volviéndose a Har-ding, que era quien hacía la observación.

—¿Y qué tiene de raro que unos microorganismos posean vida? Se supone que todo organismo en este mundo posee vida propia, incluso los unicelulares. No es ningún hallazgo revolucionario ni fantástico.

—Lo es, inspector. Porque esas placas o esporas adheridas al oro, no responden a ningún tratamiento químico, a ninguna reacción conocida. En suma: es una forma de vida orgánica completamente desconocida por nosotros, los químicos. Es más. Cuando se les captó en movimiento, éste duró apenas unos segundos. Luego, inmediatamente, quedaron inmóviles, como muertos. Parece que reaccionaron instintivamente, al sentirse observados, y fingieron una inmovilidad absoluta. Llegamos a dudar tanto de lo que vimos, que se proyectó el video captado por la computadora durante el examen electrónico y, ciertamente, la «cosa» se movía, para luego, de repente, adquirir una inmovilidad absoluta, que aún no han alterado.

—¿No puede haber dejado de existir esa vida orgánica, Nichols?

—No, inspector Harding. Los datos químicos detectan todavía *vida*. Pero no movimiento. Es decir, las esporas obedecen a un comportamiento casi reflexivo, como si *fingieran* una muerte orgánica que dista mucho de ser cierta.

—Todo eso no son sino fantásticas teorías por el momento —cortó Harding, escéptico—. No soy hombre de ciencia, pero dudo que un misterio policíaco dependa única y exclusivamente de un vulgar análisis químico de unas muestras adheridas a unas piezas de oro.

—Y, sin embargo, ésa puede ser la clave de todo el asunto —

masculló de mal humor Dan Nichols.

—En conclusión, Dan —terció conciliador su amigo Bishop—: ¿Qué clase de elemento es el hallado en esos objetos? ¿Cuál es su naturaleza real? ¿Es animal, vegetal, mineral...?

—Ahí está el quid de la cuestión, señor. Lo que no se ha podido poner en claro todavía. El análisis de la computadora, en los tres casos, ha dado un mismo resultado : NEGATIVO.

—¿Cómo? —masculló Harding, pestañeando—. ¡No existe ninguna otra clase de vida orgánica terrestre, Nichols!

—Tal vez no, inspector, pero entonces... *¿qué es* esa materia y *de dónde* vino?

Hubo un silencio en el despacho de Scotland Yard. Los tres hombres se miraban entre sí, bajo una misma perplejidad común. Luego, bruscamente, habló Bishop:

—En conclusión, Dan: ¿cuál es tu teoría sobre todo eso? ¿Qué conclusión has sacado de ello, para ser concretos?

—Ninguna, inspector —le miró fijamente—. Sólo quiero preguntarles algo: ¿hay vigilancia policial en la zona de Chelsea donde se obtuvieron esas piezas?

—No hay de qué preocuparse —rechazó Harding, con un movimiento enérgico de su brazo—. Hemos dejado allí una patrulla de vigilancia, compuesta por cuatro hombres armados, aunque no creo que sea en absoluto necesaria.

—¿Cuatro hombres? —Dan entornó los ojos, inquieto—. Podrían ser pocos, inspector Harding. ¿Por qué no envía más patrullas a vigilar el sector?

—Porque hay muchos más problemas en la ciudad que vigilar esa zona de Chelsea —se irritó Harding, con un resoplido—. ¿Qué diablos espera que ocurra, con cuatro policías allí, todos ellos provistos de armas, aparte los *policemen* de servicio habitual en las proximidades?

—Nada —suspiró Nichols, pensativo—. Espero que nada, inspector...

Y se encaminó a la salida del despacho, con una sombra de honda preocupación en su semblante, que no quiso aclarar a ninguno de los dos policías.

Cuando éstos se quedaron solos, Harding estalló irritado:

—Ese amigo tuyo, Bishop, se cree ya un policía inscrito en Scotland Yard, y además se considera un auténtico genio de la investigación. Por nuestro bien, valdría más que no ganara esos exámenes.

—Dan es un muchacho inteligente y sensato. Nunca dice o hace ninguna tontería.

—Pues esta vez está pasándose en sus comentarios y acciones. Será mejor que te recuerde que, por muy amigo tuyo que sea, no

pertenece aún a este Cuerpo, ni espero que llegue a pertenecer nunca a él. Y, desde luego, no volverá a ser autorizado a entrar aquí para ser testigo de ninguna investigación, digas tú lo que digas.

Sabes que el reglamento lo prohibe, y que sólo por complacerte a ti se accedió a semejante excepción.

—Sí, lo sé —inclinó la cabeza Bishop, con el ceño fruncido y la preocupación nublando sus ojos—. Está bien, Harding, aplicadle el reglamento estrictamente, pero eso no impedirá que me sienta intrigado por lo que dijo. Hay algo que bulle en la mente de Dan en estos momentos... y me gustaría saber lo que es. Si, me gustaría saberlo...

* * *

Estaba lloviznando.

Además de eso, la noche era oscura y fría. La niebla se había hecho más densa sobre la capital, especialmente en las orillas del río, como era habitual en tales casos. A menos de tres yardas de distancia, la visibilidad era prácticamente nula.

Dan Nichols trataba, pese a ello, de escudriñar en torno suyo, con resultados ineficaces. La niebla era más poderosa, en aquel duelo, que en su propia mirada perspicaz, a través de los empañados vidrios de sus gafas. Limpió éstas, pero no ganó gran cosa. La bruma seguía siendo la dueña y señora de la noche londinense, fría y desapacible. La llovizna, con sus leves gotas heladas, le golpeaba el rostro y el cabello, e incluso contribuia a hacer menor su visibilidad, mojando las gafas.

Como su problema visual no era agudo, optó por despojarse de las gafas, que guardó en un bolsillo, aventurándose a través de Cheyne Walk, hacia la orilla del río.

La madrugada estaba muy avanzada ya. Apenas si llegaba algún chapoteo de las oscuras aguas del Támesis y, muy de tarde en tarde, perdidas en la lejanía, las sirenas de unos escasos remolcadores. Alrededor suyo, la calma era total. Las luces callejeras eran manchas de claridad lívida en la niebla, y más allá, se difuminaban los contornos oscuros de los edificios, cuyas posibles luces en las ventanas se perdían por completo de vista.

Respiró con disgusto el aire húmedo y pesado de la vecindad del río. Con aquella atmósfera insalubre, se mezclaban los mil aromas desagradables de fábricas, estuarios y muelles. Era una zona industrial, con factorías cerveceras, industrias químicas y colectores que vertían desperdicios al río. Se luchaba contra la contaminación, pero no total ni decisivamente, pese a todo. El aire allí olía

francamente mal.

A medida que se acercaba a la zona despoblada donde se perdiera todo rastro de Jackie Courtney y también de una pareja de novios, el mal olor aumentaba de grado. Captó una especie de hedor a productos químicos y descomposición. Lo encontró casi normal, aunque el grado de olor era quizá demasiado fuerte.

—Debe ser la niebla —se dijo—. Siempre vicia el ambiente...

De pronto, se paró en seco. Algo, en boca de Adam Courtney, padre de Hazel y de Jackie, le asaltó repentinamente la memoria:

«...Y mi hijo repetía que olía mal, muy mal. Que sentía ganas de vomitar, cuando a aquella joven pareja le atacó la "cosa" y...»

¡La «cosa»!

Y... el hedor. El mal olor.

—Cielos, no,.. No puedo creerlo... —jadeó roncamente, frotándose el mentón—. Eso no puede ser...

Sin embargo, hundió la mano en su bolsillo. Tocó el frío metal de la pistola que introdujera en él antes de emprender aquel recorrido nocturno. Había preferido ir preparado para cualquier contingencia. Eso le hacía sentirse más seguro. Después de todo, durante su época de universitario, practicó el tiro al blanco como un deporte más. Era capaz de acertar en un blanco nueve veces de cada diez disparos, sin mucha dificultad.

Con la mano acariciando aquella confortante forma sólida que reposaba en el bolsillo, siguió adelante. Vio luz de unos faros de automóvil. Y una luz roja, girando en el techo del vehículo.

—El coche-patrulla... —musitó con alivio—. De modo que no sucede nada, después de todo. Uf, por un momento pensé lo peor...

Se detuvo junto al coche. No había nadie en el volante. La portezuela estaba abierta. El radioteléfono emitía una llamada, repetidamente, en la clave utilizada por las brigadas móviles de la policía londinense. No tocó nada. No hubiera sabido tampoco responder debidamente a la llamada.

Miró en torno. Hacia la sombra y la niebla. Hacia el río. Allí, en la zona oscura, estaban los colectores, las alcantarillas, los hombres armados de Scotland Yard...

—¡Eh, ustedes! —voceó repentinamente—. ¿Me escuchan? ¡Alguien llama a su radioteléfono! ¡Soy Nichols! ¿Es que no me oyen? ¿Dónde diablos se han metido ahora?

Esperó. Silencio total. Absoluto. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Dan, y llegó a erizar los cabellos de su nuca. Delante de él, la noche era negra, brumosa y hostil. Ni un policía respondió a su llamada. Ni el más leve ruido que denotase vida, llegó del descampado entre fábricas y colectores. Sólo leves, lejanos chapoteos de embarcaciones en el río.

Dan se decidió. Su mano apareció con el arma entre los dedos. Quitó el seguro de la pistola, y se movió cauteloso hacia la niebla y el misterio silencioso.

Evocó mentalmente la historia alucinante del pequeño Jackie, la que nadie quiso creer. La supuesta mentira que llevó a un niño a la muerte, cuando los adultos no tuvieron fe en su palabra...

El horror agarrotaba sus músculos, pero, aun así, siguió avanzando cauteloso, hundiéndose en la niebla, pisando primero el asfalto mojado de la acera, luego las piedrecillas y hierbajos del descampado, e incluso la plancha metálica, enrejada de unas alcantarillas que daban al amplio colector subterráneo.

Recordó palabras, frases sueltas, con la angustia latiendo en los compases acelerados de su corazón, con el miedo agazapado dentro de sí, pero controlado por su propia serenidad, por su autodominio, que le hacía seguir adelante, mientras las frases del niño rebotaban en la bóveda de su cráneo:

«Y "aquello" apareció entre los dos... Ella gritaba, gritaba... Yo me volví, yo lo vi todo... Era horrible... Los engulló... ¡Los *devoró* en unos segundos tan sólo! Y era... era "algo" horrible, algo que nunca había visto antes... Era... era...»

Dan Nichols tragó saliva. Tenía seca la garganta. Recordaba bien *cómo* era lo que describiera el niño a sus padres. Pensar que él pudiera ahora enfrentarse a «aquello», era motivo de un horror sin límites. En la niebla, solo... y frente a «algo» tan endemoniado, tan terrorífico... tan... *tan inhumano*...

Se paró un instante. Llamó de nuevo, sin éxito. Ni una voz. Ni la presencia de un solo policía cerca de él, entre la bruma, espesa como algodón.

Sus fosas nasales se dilataron. Aquel olor...

Tembló su mano armada. Sin duda debía estar pálido como un muerto. La frialdad de su piel podía competir con la de cualquier cadáver. A pesar de ello, transpiraba. Era un sudor helado, viscoso.

El olor. La peste de muerte.

Estaba oliendo el hedor que mencionara el niño. Era repugnante. Penetraba al parecer por todos los poros de su cuerpo, hasta inundarle con una sensación nauseabunda y atroz. Era como masticar un aire pestilente y angustioso.

Nichols se mantuvo tenso. Sabía que ahora *no* estaba solo. Había alguien más con él, en la niebla. Alguien... o *algo*.

No producía ruidos. Pero lo sentía. Cerca. Horriblemente cerca. Acechándole...

Tenía que mantener una serenidad casi deshumanizada, para soportar aquella tensión capaz de romper a cualquiera. Tenía que apelar a su tremenda voluntad para no dejarse minar por el pánico y

por el propio instinto de conservación, que le invitaba a huir, a correr, a irse lejos, muy lejos de aquel ambiente de pesadilla.

Luego, de repente... *el ruido.*

Escuchó, palpitantes su corazón y sus sienes. Temblando espasmódicamente casi. El ruido se hizo perceptible, claro, muy cercano. Mucho.

Sssssssttttssssss...

Un siseo, un roce viscoso, algo siniestro y sutil. Dilatando sus ojos, trató de ver, de penetrar en la niebla. Sus pies rozaron el borde de otro enrejado metálico en el suelo.

Miró a la alcantarilla.

Y ahora, sí.

Ahora, por fin, lo vio.

Vio lo mismo que viera Jackie Courtney. Lo mismo que vieran Ronald Hayes y Cynthia Dekker. Y, tal vez, alguien más. Tal vez muchos más...

Vio «aquello» emergiendo ante sí. Envuelto en un vaho nauseabundo de hedor intolerable. Vio... a la «cosa» que devoraba seres humanos, aproximándose hacia él.

Supo que no podía huir. Que algo le aferraba al suelo, como si sus piernas se hubiesen adherido a tierra o sus pies echaran repentinas raíces invisibles.

Su mano rígida, incapaz de defenderse, de manejar ei arma, de hacer acción alguna ostensible contra nada ni contra nadie. Indefenso ante el horror viviente que se le venía encima para devorarle...

Vio con sus propios ojos la forma de «algo» que jamás viera ni imaginara antes.

Y supo que era su final. Irremisiblemente. Fatal mente.

Una rara hipnosis, un poder fuera de lo normal, dominaba sus actos. Estaba vencido. A merced de «aquello» que ya extendía su sombra diabólica sobre él... a punto de engullirle para siempre.

SEGUNDA PARTE ¡PÁNICO!

Capítulo Primero LEY MARCIAL

OLIVER Ney no tenía servicio aquella noche.

Sin embargo, a última hora ocurrió algo que cambió sus planes de llevar al cine a su joven amiguita de Lang-ton Street, la rolliza doncella de los Harrison, tan bien desarrollada físicamente, que todo *policeman* soltero ardía en deseos de cortejarla y llevarla a alguna parte en su día libre.

Pero solamente Oliver Ney parecía haberse ganado las simpatías o el afecto de la exuberante doncella, hasta el punto de aceptar ir con él al cine aquella noche de lunes. Sólo que hubo el imprevisto por medio, y la suerte del agente Ney fue radicalmente distinta, por culpa de esa jugarreta del azar.

En vez de tomar entre sus manos la rolliza de la muchacha, y en vez de sentir cerca de si la cálida presencia de aquel cuerpo turgente, rico en curvas y dócil sin duda a sus caricias de enamorado, Oliver Ney tuvo que apechugar con un servicio de patrulla nocturna que no esperaba, a causa de la enfermedad de un compañero que, recientemente, había ocupado también su puesto en un servicio molesto.

Moralmente, Oliver Ney no podía negarse a cubrir la plaza del compañero, aunque hubiera podido hacerlo, delegando en otro tan dudoso honor. Pero Ney era un *poli-ceman* honesto y leal, además de un buen camarada, y resolvió cumplir su deber sin objeciones. Después de todo, el mundo no se terminaría aquel lunes precisamente, se dijo. Y la doncellita gordezuela y complaciente de los Harrison iría con él al cine cualquier otro día.

Ese fue el consuelo que le acompañó durante su ronda por el habitual distrinto de Chelsea que cubría su compañero. Y de ese modo, el destino le jugó una mala pasada al infortunado *policeman* Oliver Ney.

Porque fue él quien, sorprendido, escuchó voces de alguien, cerca del río, allá por entre las fábricas y colectores de Battersea, y dando vueltas a su inseparable porra, se aproximó a investigar las causas de tales voces.

Lo primero que descubrió, fue el coche-patrulla, con su luz dando vueltas, llamarada de color rojo lívido en la niebla nocturna. También creyó oír que el radioteléfono emitía llamadas. Llamadas que nadie, respondía.

Aceleró el paso. Sus zapatones sonaron firmes en el asfalto, al aproximarse al coche, y mirar a su vacío interior. Desconectó la llamada, e informó, escueto:

—Aquí agente Ney, de servicio callejero en la zona. Coche-patrulla abandonado. Voy a investigar.

Cerró, sin esperar respuesta del otro extremo del radioteléfono. Jamás escuchó la voz apremiante que le ordenó, ya con la conexión interrumpida:

—¡No, espere! ¡No haga nada! Enviaremos otro coche inmediatamente...

Oliver Ney, ajeno a todo eso, se aventuró en la niebla. Precavido, trató de escuchar algún sonido. La voz ya no se percibía ahora. Todo estaba en silencio. Y no se veía nada, ni siquiera a poca distancia.

Decidido, soltó la lámpara eléctrica de su cintura. La encendió, proyectando su luz a través de la bruma, con un chorro ancho e intenso, que súbitamente descubrió una figura humana, erguida a poca distancia de él.

Una figura humana y... y *otra cosa.*

—¡Eh, usted! —voceó—. ¿Qué es *eso*"! ¿Qué hace ahí?

Y, sin esperar respuesta, aunque tampoco la recibió, se precipitó resueltamente, porra en mano, hacia la forma que se erguía ante el hombre siluetado por su potente lámpara.

Oliver Ney, decididamente, no tenía su noche de suerte. Eso era lo último que debió hacer en aquel momento, aunque él lo ignoraba. Porque su intervención lo cambió todo de modo radical... y con la peor parte para sí.

Dan Nichols, como fascinado por una fuerza sobrehumana que le retenía indefenso ante la «cosa» surgida de la niebla, vio, igual que en un mal sueño, la figura azul oscura del policía precipitándose entre él y «aquello».

Quiso avisarle, gritar algo, darle a entender que eso era igual que morir de la forma más horrible que era dado imaginar. Pero su boca, reseca, su garganta como paralizada, se negaron a otra cosa que emitir un sonido ronco gutural, que nada significó.

El policía chocó extrañamente con la «cosa». Hubo una especie de jaleo áspero, el hedor se hizo insoportable, pegajoso y repugnante... y Olíver Ney se hundió en algo que le envolvía, como una masa de pavorosa naturaleza.

—¡No, no! —logró al fin jadear Nichols, con voz quebrada.

Recuperó su control, su facultad de movimiento, y empezó a disparar contra el enemigo fantástico que ahora se ocupaba del policía, olvidándose de él por completo. Los estampidos de arma de fuego retumbaron en la niebla. Los fogonazos empujaron los proyectiles contra el ser de pesadilla.

Pero eso no alteró nada. La marcha inmutable del horror viviente no cesó un momento. Se captó un ruido espeluznante, de huesos y carne triturados, un alarido de agonía increíble... y luego el silencio,

entre rumor de repulsivas succiones.

Dan Nichols retrocedió, sin cesar de disparar. Luego, sintiendo sus cabellos erizados, echó a correr, se precipitó a través de la niebla con la rapidez de la centella, evitando tomar aliento, respirar siquiera aquel olor de náusea.

Y cuando sus pies golpearon el asfalto, lejos ya del descampado, e incluso más allá del coche-patrullaaban donado, se paró en seco, llamándose cobarde a sí mismo, y dudando entre regresar o quedarse allí, como petrificado, evocando el espantoso final del infortunado policía.

—Dios mío... —sollozó casi, ocultando su rostro entre las manos crispadas—. Ahora ya sé..., ahora ya sé cómo es esa horrible «cosa» que devora a los humanos...

Y de sus manos había caído su pistola vacía, humeante. Porque además de saber ya cómo era «aquello»... sabía también algo más: que las armas de fuego no hacían ningún efecto en lo que devoró al policía, como antes devorara a los dos novios, a Jackie, seguramente a los cuatro policías del coche-patrulla... y sólo Dios sabía a cuántos londinenses más.

Ahora sabía cómo era aquello... y de dónde salía.

* * *

Bishop, Harding y el director de Laboratorios de Scot-land Yard, Greene, contemplaron una vez más los objetos : pistolas trituradas, arrugadas como si hubieran sido retorcidas por un titán... Unas esposas hechas chatarra informe... El casco de un policía, trozos de metal de una lámpara eléctrica...

Y poca cosa más. Siempre igual: deformes trozos de objetos metálicos, a veces irreconocibles incluso.

—Cielos... —Greene, lívido, se tocó el mentón con mano temblorosa. Miró a Dan Nichols que, como un espectro, contemplaba, en pie, el curso del Támesis, allá en la neblina matinal, a través de la ventana de aquel despacho de New Scotland Yard—. Ese pobre patrullero nocturno salvó su vida, Nichols...

—Lo sé. Ahora lo sé —convino Dan sombríamente, moviendo afirmativamente la cabeza—. Intenté cuanto pude por salvarle. Las balas no sirvieron de nada.

—¿Dio en el blanco? —se interesó Arding.

—Todas las veces, inspector. He sido campeón de tiro.

Vi hundirse las balas en..., en «aquello». Era como si nada. No se estremecía siquiera. Luego, cobardemente, escapé...

—No, Dan —rechazó Bishop—. Eso no es cobardía. Era tu propio instinto. Además, no hubieras hecho nada. Sólo servir de pasto a... a «eso» que medra allí.

Dan no dijo nada. Se encogió de hombros. Sus ojos alucinados se ñjaron en su amigo.

—Y ahora, ¿qué va a suceder? —preguntó roncamente.

—Sólo hay un medio posible de lucha. Está decidido ya. Se ha acordonado la zona. No se permite pasar a nadie. El río está bloqueado, y las fábricas' evacuadas. Se va a exterminar todo cuanto haya allí que posea vida. Hemos pedido la ayuda del ejército. El ministro del Interior tiene ya un informe urgente del caso.

—Cundirá el pánico...

—No. Se ha creado un fácil pretexto para la opinión pública —habló Harding cansadamente—. Algo sobre bombas de gas venenoso situadas allí por terroristas irlandeses y extremistas no identificados. Brigadas del ejército y patrullas de policía van a actuar unidas.

—¿Cuál es el plan de combate? —se interesó Dan, con cierto escepticismo—. Si las balas no afectan a... a «eso»...

—El ejército lo sabe. Se van a utilizar otra clase de armas. Bacteriológicas, químicas y de toda naturaleza. Pero todo lo que viva en esos colectores será exterminado. Ahora, cuando menos, sabemos ya por dónde sale para atacar: las cloacas...

—Pero..., ¿sabemos lo que es, exactamente? —se interesó Harding, sombrío.

Greene habló en ese punto, con voz sorda:

—Mucho me temo, caballeros, que en ese colector se ha incubado, de alguna forma inexplicable, un microorganismo llegado de otros mundos, quizá algo que cayó del cielo..., y que se ha convertido ahora en esa especie de monstruo aterrador que devora seres humanos.

—Llovido del cielo... —repitió Bishop, con amargo sarcasmo—. Y eso tiene un sentido diametralmente opuesto al que hasta ahora se dio a la frase. Diremos mejor que llegó caído del espacio exterior..., y creó o desarrolló una nueva forma de vida en ese colector. Ahora, esa forma de vida tiene *hambre*, Dan. Y sale a comer lo que le gusta: ¡carne humana!

Dan tembló, evocando la escena espantosa que viviera la noche anterior, en la niebla mortal del descampado de Battersea.

—Sigo preguntándome que, si es como imaginamos..., ¿cómo va a ser destruido?

—Si quiere asistir a ello, no tengo fuerza moral para impedírselo, Nichols —habló Greene con ironía algo acida—. Después de todo, usted ha sido el primero en ver algo infrahumano en todo esto. Y ha vivido una experiencia alucinante. Es, quizá, el primer ser humano que ve esa «cosa» y sobrevive para poderla describir a los demás. Un

helicóptero especial de observación nos espera. ¿Quiere venir en él, para asistir al fin de su monstruo sin forma, oculto en los colectores de Chelsea?

—Sí, me gustaría —asintió Dan roncamente—. Y ojalá sea, como usted dice…, el fin de ese monstruo, «cosa» o lo que sea…

—¿Acaso lo duda? —pestañeó Greene.

—Sí —afirmó Dan con tono sombrío—. Lo dudo. Y mucho…

* * *

Era una perfecta operación militar.

Vista desde las alturas, con el helicóptero sobrevolando el Támesis en su zona sur, ofrecía todo el aspecto de un despliegue espectacular de tropas especializadas y de policías especialmente dotados para quella lucha increíble contra «algo» que no parecía ser de este mundo.

El río, en una amplia área, estaba ocupado por canoas de la policía, dotadas de artillería ligera. Guardacostas y lanchas de la Armada colaboraron en la operación. El pretexto de las supuestas bombas de gas depositadas por extremistas, parecía válido, y había tenido la virtud de alejar a toda clase de curiosos en un amplio círculo.

Equipos de hombres-rana, buzos y expertos, preparaban armas de todo tipo para el ataque a la criatura voraz del colector. Por Chelsea, grupos de policías y soldados con vehículos blindados, se movían para bloquear las salidas de las alcantarillas.

Era una auténtica, efectiva Ley Marcial, ordenada por el Ministerio del Interior, para acabar con una amenaza indefinida, pero cierta, existente en aquel sector. Desgraciadamente, ahora todos comprendían que el pobre Jackie dijo la verdad. Una verdad reconocida demasiado tarde.

Fred R. Greene estudiaba con potentes prismáticos la operación, lo mismo que Nichols. Este se volvió hacia su acompañante con expresión preocupada.

—¿Saben si esa forma de vida es sensible a alguna determinada clase de arma bélica? —se interesó.

—No, no sabemos nada —suspiró Greene—. Todo es pura deducción. Algunas de las esporas localizadas por el microscopio electrónico han muerto o, cuando menos, han quedado inmovilizadas bajo una acción de isótopos radiactivos. Es lo único que nos sirve de guía.

—¿Radiactividad? —dudó Dan—. ¿Van a correr ese nesgo en el propio Londres?

—Hay que hacer algo, y pronto. Usted, Dan, describió a esa

«cosa» muy claramente. De su descripción, se deducen dos cosas fundamentales.

—¿Que son...?

—Primera: las balas no le causan daño. Tiene una fuerza titánica, capaz de quebrar y disolver un cuerpo humano y sus ropas..., pero no los metales por completo. De ahí la utilización de vehículos blindados y equipos especiales de los hombres.

—¿Y segundo?

—Que la criatura, materia, «cosa» o lo que ello sea..., «no tiene forma». ¿Cierto?

—Cierto —jadeó Nichols, cerrando los ojos con un estremecimiento—. Cada vez que lo recuerdo... Un fluido, Greene, siemplemente eso: ¡un *fluido* en movimiento, una especie de... de pasta viviente, de gelatina deslizante, que despide un hedor horrible, que palpita y succiona, que susurra al resbalar por el suelo, adoptando la forma que quiere, como un charco de aceite o de mercurio...! Eso es la «cosa», ¿entiende? Nada viviente, nada con ojos, con rostro, con brazos, con garras, con *cuerpo*. Nada de nada. Sólo «algo» que fluye de las cloacas, una materia pastosa, fofa, informe..., que domina de algún modo los reflejos, las acciones defensivas...

—Tal vez..., tal vez una espora colosal, un gigantesco cuerpo unicelular, Nichols...

—Tal vez. ¿Cómo se puede destruir eso, Greene?

—Ahora lo verá —sonrió el director de los laboratorios policiales, con optimismo—. Vea. Faltan sólo unos momentos para la Hora Cero. Esté atento.

Dan estuvo atento. Presenció los preparativos finales. El cerco era completo. De la criatura o la materia viva que describiera Jackie tan fielmente como él mismo la había visto ante sus ojos, ni el menor indicio de existencia. Pero él sabía, intuía, que ahora estaba allí, agazapada, oculta en el interior de la gran cloaca. No, no tenía ojos, ni boca, ni oídos... Pero presentía que estaba escuchando, vigilando, conocedor de que le cercaban sus enemigos...

¿Qué haría la «cosa» llegada del espacio, para defenderse del ataque masivo de los humanos?

Esa era la gran incógnita que Dan Nichols esperaba descifrar allí mismo, desde el cielo de Londres en los minutos siguientes.

El helicóptero dio una pasada circular sobre el área militarizada. Era un vehículo de la RAF, con especial distintivo que le permitía recorrer el cielo de la zona acotada. En la actual situación, auténtico estado de guerra para la ciudad de Londres, pese a todos los subterfugios oñciales utilizados, toda prevención era poca.

Tras sobrevolar una zona de Chelsea, entre Saint Stephen's Hospital y la Kscuela Politécnica, volvió velozmente hacia el río, sobre

el puente de Battersea. Dan Nichols hizo una rara observación repentinamente, con el ceño fruncido y la mirada perdida:

—Las cloacas... ¿Ha observado, Greene?

Su compañero de viaje aéreo, con sobresalto, miró abajo con sus binoculares, mientras el piloto del helicóptero hacía volar éste sobre el descampado que era el punto clave de la operación.

—No veo nada —manifestó—. Creí que la «cosa» estaba emergiendo ya...

—No me refería a eso, Greene —negó con la cabeza Dan—. Hablaba de... de las cloacas. De *todas* las cloacas.

—¿Cómo? —pestañeó el director del laboratorio, sin entender.

—Hemos sobrevolado un pequeño sector de Chelsea. He podido ver desde el aire las tapas de casi veinte cloacas. Eso me hizo recordar que los colectores no son sino el conducto que parte de toda la vasta red de alcantarillado de Londres.

—Bien, ¿y qué? —se impacientó Greene, más preocupado ya por los preparativos de abajo que por las palabras incongruentes de su compañero.

—Me estaba preguntando..., si serán solamente esas cloacas del descampado las peligrosas. O si, tal vez, el enemigo puede emerger por *otras*, cuando menos lo esperemos...

—¡Cielos, qué locura! —protestó Greene, escandalizado—. Mire abajo, o se perderá lo mejor, Nichols. La batalla va a empezar.

Miró Dan, todavía ceñudo, preocupado, hacia sus pies.

Y en ese momento, la batalla comenzó.

CAPÍTULO II ¡SIN CUARTEL!

DAN Nichols nunca olvidaría aquella dantesca situación mientras viviera.

Tuvo algo de hermoso y heroico. Algo de terrible y dramático también.

Era una guerra nueva. Diferente. Era otra guerra, distinta a todas las que conocía el género humano. Tal vez una «guerra de los mundos», menos ingenua y menos convencional que la puramente literaria imaginada muchos años antes por Wells.

Era… el enfrentamiento de una organización militar y policial contra algo que ni siquiera poseía armas o forma determinada de alguna criatura conocida. Un choque que hubiera podido parecer ridículo, entre soldados y policías por un lado, con armas modernas y vehículos y uniformes blindados…, y una simple materia, una gelatina oscura y hedionda por el otro.

Sin embargo, no era ridículo. No tenía nada de ridículo aquel choque fantástico, sobre un Londres apacible y tranquilo, bien ajeno al peligro situado en el subsuelo. Crédulo a una simple historia de terrorismo extremista…

La verdad, la siniestra verdad, no se había revelado a la gente. Tal vez nunca se revelaría…, siempre que esta primera escaramuza resultara positiva.

Si no… Dan no quería ni pensar en esa otra posibilidad. Era demasiado horrible. Demasiado demoledor para cualquier persona imaginarse otra cosa.

Abajo, la operación conjunta, sin espectacularidades inútiles, estaba ya en plena marcha. El objetivo era concreto: las bocas del gigantesco colector cilindrico. Y las rejillas de las alcantarillas situadas arriba, en el descampado.

Unos fusiles especiales, de largo cañón y ancha boca en su extremidad, dispararon una especie de torpedos o gruesos proyectiles cilindricos, que penetraron con sordo zumbido por las bocas de los colectores, lanzados desde la cubierta de las lanchas allí apostadas.

—Cargas de corrosivos químicos —explicó Greene—. La materia tiene una base fuertemente aceitosa. Se espera que eso pueda afectarle también en alguna forma. Al mismo tiempo, vea lo que hacen los soldados, a través de la reja de las tapas de alcantarilla de la parte alta…

Dan lo vio. Los miembros del ejército, con casco de acero y petos metálicos que ceñían sus cuerpos, hacían vomitar a sus fusiles, tras abrir boquetes en los metales de la tapa, con cargas explosivas, una

serie de cápsulas que estallaban dentro sordamente, haciendo brotar humo por doquier.

El propio Greene, como un comentarista de una gran batalla, informó de ese punto también:

—Son balas provistas de un poderoso paralizador orgánico. Se supone que toda materia viviente ve así adormecidos sus impulsos naturales, quedando en un estado de anestesia casi total.

—Es una auténtica guerra química…, contra algo que no sabemos cómo reacciona químicamente —objetó con cierto sarcasmo Nichols.

—Nos atenemos a sus reacciones bajo el microscopio, y a una simple lógica científica —objetó secamente el director del laboratorio de Scotland Yard—. Usted es químico, Nichols. ¿Qué otra cosa se le ocurre, mejor que ésa? Podemos comunicarla al Cuartel General, para su utilización.

—No se me ocurre nada. No censuro sus métodos, sino que los pongo muy en duda, Greene. Estoy recordando, simplemente, algo que dijo una de las computadoras, ¿lo recuerda usted? Esa materia, sea lo que sea, «no es» animal, vegetal ni mineral. De modo que no hay ninguna seguridad de que reaccione como un tejido orgánico ya conocido, al impacto de las sustancias utilizadas. De momento, es como una guerra a pedradas. Puede que todo el grupo enemigo salga herido…, o que ninguna piedra toque a nadie.

—El símil no tiene gracia —se quejó Greene hoscamente.

—No pretendía tenerla —replicó Dan, ceñudo. Se inclinó, viendo cómo una fuerza especial militar se disponía a levantar las tapas de las grandes cloacas enrejadas—. ¿Y qué van a hacer ésos ahora?

—Correr un riesgo necesario —suspiró Greene—. Llevan consigo las cargas de isótopos radiactivos para acribillar de ellos todo el colector. Se bloqueará provisionalmente la salida al río, para que no contamine las aguas de radiactividad. No se preocupe. Todos ellos llevan un uniforme especial, utilizado anteriormente en pruebas secretas militares: una especie de cota de malla que envuelve todo su cuerpo, hecha de fibras de acero y un aluminio especial, muy resistente. Todo ello, plas-tificado, supondrá un problema para cualquier adversario. Recuerde que esa sustancia no puede vencer a los metales.

—Pero los tritura —objetó Dan, pensativo, viendo a aquellos soldados especiales, de casco, máscara metálica y cuerpo bajo cuyo uniforme se advertía lo pesado de sus movimientos, limitados por la malla metálica, entrar en grupos de a diez en las alcantarillas de Chelsea.

Sus fusiles especiales, de diseño modernista y cargas radiactivas de isótopos, empezaron a disparar hacia la oscuridad, mientras descendían por las cloacas. Alrededor, un cerco militar completo

impedía toda proximidad ajena a las fuerzas del ejército y la policía coordinadas en aquella extraña lucha con un adversario que, por el momento, no daba señales de vida.

—Parece que no hay dificultades en el ataque, por el momento —señaló Greene—. Tal vez ese monstruoso ser duerma durante el día..., o sea impotente para pelear.

Dan no comentó nada. Se dijo que esas especulaciones seguían siendo tan gratuitas como la propia acción bélica contra la «cosa». No había seguridad de nada, porque nada se sabía apenas de aquella materia viva y voraz. Y ya Greene se permitía llamarle «monstruo», como si fuese una criatura con alguna forma y naturaleza, y pensar que podía dormir o verse limitado en su poder a la luz del día.

En el lado del río, se estaban aplicando grandes compuertas metálicas y plastiflcadas a los colectores, inutilizándolos definitivamente, al menos por un largo tiempo, en su salida a las aguas del Támesis. Era una medida contra la posible dispersión de radiactividad al río.

Ciertamente, la acción se había sincronizado inteligentemente. Los mandos eran hábiles y precisos. El Almirantazgo, la RAF, el ejército de tierra británico y la policía, habían formado un urgente frente común contra algo que escapaba a sus previsiones, pero que, evidentemente, estaba allí y se había cobrado, como mínimo, ocho víctimas hasta el momento. Cuando menos, que eílos conociesen. Muchos de los desaparecidos últimamente en Londres, a juicio de Bishop, podían muy bien ser víctimas de la «cosa». Lo malo es que si eso era cierto..., las desapariciones tuvieron lugar en distritos muy distantes entre sí, de la capital británica.

De nuevo el pensamiento sobre las cloacas, los centenares de cloacas dispersas por la gran ciudad, asaltó desagradablemente al ensombrecido Dan Nichols.

A su lado, sin embargo, Greene era la viva imagen del optimismo. Le oyó resoplar, comentando con satisfacción :

—Esto va a ser cosa sencilla. Mire, Nichols. Brigadas especiales van a invadir de luz esta zona del alcantarillado, para facilitar la tarea de los soldados...

Dan giró la cabeza. A la altura de Cheyne Walk, hombres uniformados, con casco de acero y máscaras de gas, alzaban las tapas redondas, de metal, de acceso a la red subterránea. Llevaban consigo potentes reflectores y lámparas de todo tipo, para bañar de luz el subsuelo destinado a la circulación de detritus urbanos. La medida parecía acertada, para localizar, cuando menos, a la masa en su cubil. Pero de nuevo aquellos orificios en el suelo asfaltado de la ciudad, inquietaron a Nichols. Sabía que no se podían bloquear herméticamente para evitar la salida de cualquier cosa, pero en vez de

eso, ahora estaban *abriéndolos*. Y no se podía olvidar que había «algo» allá abajo...

El helicóptero describió otro amplio giro en torno al campo de operaciones. Observó, en la zona de seguridad, la presencia de muchos policías y oficiales del ejército, impidiendo el paso a toda clase de reporteros, incluso operadores de cine y televisión. Barricadas y carteles cruzados, advertían de que era zona de peligro, a causa de la posibilidad de explosión de artefactos o expansión de gases letales.

Todo el escenario era convincente. Y lo seguiría siendo, mientras el secreto perteneciera solamente a Scot-land Yard y a las Fuerzas Armadas. La sola idea de que debajo de sus pies tuvieran los londinenses a un teórico monstruo dormido, capaz de engullirles súbitamente, desataría un pánico sin precedentes. Que esta vez, por desgracia, no tendría nada que ver con una emisión radiofónica más o menos inteligente{3}.

—Creo que todo va a estar pronto terminado —suspiró Greene—. Tal vez hemos dado demasiada importancia a ese elemento llegado de otros mundos o de otros espacios, Nichols. No hay fuerza capaz de resistir una acción eficaz de nuestras armas y nuestras tropas, estoy seguro. Dentro de una hora, quizá, estaremos celebrando ante unas copas el éxito total de la operación.

—Yo no podré celebrar nada con unas copas, Greene —replicó secamente Nichols—. No sería capaz de ello, sabiendo que el hermano de mi prometida ha muerto a causa de esa materia..., y que cuatro policías y un infortunado *policeman* siguieron su misma suerte, salvándome yo mismo a causa de la intervención de este último.

Greene, algo molesto por su observación, apretó los labios, manteniéndose silencioso. Ciertamente, todo parecía ir bien abajo, pese a los temores de Nichols. Nuevas patrullas de uniforme blindado iban penetrando en las cloacas, con armas a punto para rematar al mal llamado «monstruo».

El piloto militar se volvió para informarles con una sonrisa:

—Las últimas informaciones radiadas por el mando, confirman que hay algo en las cloacas, algo que no se mueve ni ataca, y que parece afectado por el acoso de las armas químicas y radiactivas. Dicen que parece un reguero de espeso aceite negro, carente de forma, pero denso y gelatinoso, hasta formar un solo cuerpo de tamaño aún indefinido. Se espera que, de un momento a otro, se anuncie oficialmente su destrucción final.

Greene se irguió, risueño, lleno de optimismo. Dan Nichols pareció animarse por un momento, al comentar entre dientes:

—Iré a ver a Hazel en cuanto descendamos. Ella sí sabe lo que estamos haciendo..., e imagino lo que estará sufriendo en estos momentos.

El piloto, que escuchaba las noticias transmitidas por los auriculares ajustados a su cabeza, confirmó con un movimiento negativo:

—De lo que no hay rastro es de los seres humanos desaparecidos. Ni siquiera ropas, huesos o cualquier otra cosa…

Dan temía ya eso. Hubiera sido ilusorio esperar algo positivo por aquel lado. Recordaba bien el ruido de trituración al ser abrazado el *policeman* por la «cosa», y había sido lo suficientemente elocuente para suponer la horrible suerte de la víctima, antes de ser absorbida o engullida.

—Creo que es todo lo que teníamos que ver —suspiró Greene—. ¿Qué tal si volvemos, Nichols?

—Por mi parte, conforme —asintió Dan.

El helicóptero trazó una amplia curva, al pedir Greene al piloto el regreso a la base. Justamente entonces cambió totalmente la decoración abajo. Con la brutal brusquedad con que suceden los grandes desastres.

—¡Mire eso! —rugió Nichols, palideciendo. Su brazo se extendió hacia abajo. Su índice temblaba al señalar—. ¡Mire, Greene!

El piloto juró entre dientes, y el helicóptero se bamboleó peligrosamente en el aire. El director del laboratorio de Scotland Yard dilató sus ojos con horror. Su cara pareció una máscara de blanco papel.

—Dios mío, no… —jadeó—. Es… es demasiado horrible…

Era demasiado horrible, realmente. Sobre todo, para quienes habían pensado que todo estaba hecho.

Porque súbitamente, un clamor de angustia y terror se elevó de la zona acordonada. Por las bocas amplias de las grandes alcantarillas del descampado, salieron huyendo cuatro o cinco soldados de uniforme metálico, arrojando sus armas y emitiendo gritos agudos de terror.

Tras ellos intentaban otros muchos salir. Pero algo se lo impedía. «Algo» oscuro, negruzco, brillante y espeso como jalea, asiéndoles de modo repugnante entre largas lenguas oleosas, que los atraían y sujetaban como si fueran tentáculos de un monstruoso pulpo de tamaño ciclópeo.

La materia se hundía en la profundidad de la cloaca, absorbiendo consigo a todos los soldados del cuerpo especial, protegidos con uniformes de malla de acero. Del interior saltó al exterior un repentino surtidor de sangre humana, de trozos de metal prensado, de cascos de acero, de cabezas quebradas a patadas como simples huevos.

Simultáneamente, «algo» sucedía en Cheyne Walk, allá en las amplias calles asfaltadas, donde otras brigadas especiales introducían proyectores de luz en el subsuelo.

Por las bocas de tres cloacas abiertas, escapaban fragmentos de vidrio, de focos y lámparas triturados, y también algún que otro expedicionario, despavorido y vacilante.

Brazos y piernas humanas se agitaban en confusión alucinante en las salidas, mientras algo monstruoso, una gran sustancia fofa, negra, repugnante, brotaba, extendiéndose por el asfalto, dando caza a algunos de los desgraciados que huían, y absorbiéndolo, junto con otros racimos de seres humanos ya aprehendidos en la profundidad. La gran baba negra, como una enorme mancha aceitosa y densa, se extendía por la calle, lamiendo el asfalto. Incluso hasta el helicóptero llegó un pavoroso hedor a pestilencia, a corrupción.

Luego, la masa negruzca y gelatinosa se deslizó, como una lengua gigante e informe, volviendo a su cubil..., pero llevando consigo a docenas de hombres medio triturados, que iban dejando en el asfalto regueros de sangre, fragmentos de sus ropas y armas, e incluso parte de sus desgajados miembros...

Dan Nichols cerró los ojos. No podía casi respirar, tal era su tensión angustiosa, desesperada. Se aferró a su asiento, dejando escapar roncas palabras de horror:

—Dios mío... Dios mío... Me lo temía. ¡Me lo estaba temiendo...!

Desde el río, las barcas del Almirantazgo y de la policía abrían fuego furioso sobre las alcantarillas, pero era tan inútil como lanzar piedras contra un dinosaurio. Además, la sustancia oleosa, la baba voraz, se había vuelto a hundir en las profundidades, quizá para deglutir golosamente su cuantioso festín.

El caos, la confusión, eran totales. Ni narcóticos químicos, ni corrosivos, ni isótopos radiactivos. Nada de nada. Al fin, la materia viva había despertado, atacando a su vez. Y toda la operación militar, cuidadosamente planeada y llevada a cabo, se había desintegrado como un terrón de azúcar en el agua.

Algunos soldados, en su exasperación, acribillaban con sus armas las bocas de las alcantarillas, pero eso era tan inútil como peligroso.

El helicóptero, en su amplio radio visual, pudo descubrir el tercer coletazo de la masa oculta. Y esta vez fue más lejos. Fuera de la zona acotada militarmente. Justo donde una masa de curiosos esperaba, pretendiendo en vano saber cómo iba la operación de localiza-ción y desarticulación de supuestos explosivos y cargas de gas letal. Entre esa gente, las cámaras de televisión de la BBC y de los noticiarios. Y periodistas, y simples desocupados...

Hasta entonces, el cordón policial y militar había mantenido el control de la situación sin problema alguno. Cuando saltaron las tapas de las cloacas, entre la gente, nada ni nadie hubiera podido mantener la serenidad en la masa.

Primero fueron alaridos de pánico, temiendo que el anunciado gas

hiciese saltar, por la explosión, las pesadas tapas de hierro de las alcantarillas de Londres, en un amplio radio de acción.

Luego, cuando la pestilente baba negra, como un mar oleoso realmente horrible, lo invadió todo, haciendo presa en decenas de personas, que trituró placenteramente entre sus gelatinosas, amorfas lenguas elásticas, que corrían por el asfalto como alquitrán derretido, el pavor y el caos fueron ya indescriptibles.

La gente se dio cuenta, súbitamente, de que había sido engañada. Algo mil veces peor que cualquier explosivo o gas letal, les amenazaba a todos. No comprendían, no conocían su naturaleza, pero estaban viendo con sus propios ojos cómo aquella aterradora materia palpitante, viva y pestilente, aferraba a muchos de ellos, los estrujaba, triturando sus cuerpos en un auténtico festín, y los seres humanos desaparecían, entre los pliegues fofos de la masa oscura, para ser engullidos definitivamente.

El cámara de la BBC, en un alarde de serenidad y valor suicida, comenzó la filmación *in situ* de la demoníaca situación. Fue víctima de su propio sacrificio de profesional. Aunque arrojó lejos de sí la cámara de filmación, al sentirse aferrado, atrapado por aquella grasa viviente y pastosa que se deslizaba por doquier igual que un espeso líquido babeante, no pudo evitar que su cuerpo todo quedase apresado, y que la presión intolerable de aquella materia descoyuntara su esqueleto todo, en una muerte rápida y espeluznante, para luego ser absorbido, *comido* con golosas succiones por el enemigo infernal.

La cámara de televisión, con la filmación en *video~ tape*, se quedó allá, sobre el toldo de un establecimiento, lejos del alcance de la monstruosa gelatina viviente. En derredor, ya nadie quedaba allí, salvo unos pocos soldados que, provistos de armas automáticas, cosían inútilmente a balazos a su enemigo insólito. Algunos de ellos fueron succionados también. Otros, pudieron escapar.

Luego, la marea babeante y negruzca comenzó a deslizarse de nuevo, como si goteara hacia el fondo, a través de las bocas del alcantarillado. Un momento después, no quedaba otro rastro de su salida dramática, que restos de armas, objetos personales, prendas, y sangre humana salpicándolo todo. La zona, desolada, era el campo de batalla barrido por un inesperado y terrible vencedor.

Las tropas y la policía habían resuelto combatir sin cuartel a su dantesco enemigo. Y era éste quien, sin conceder cuartel jamás a sus víctimas, había ganado la primera batalla de modo contundente y demoledor.

Tal y como Dan Nichols lo había temido siempre.

Ahora, se limitó el joven químico a cerrar sus ojos, desolado, mientras el helicóptero iniciaba el regreso a la base, y el caos reinaba por doquier allá abajo.

—Se lo dije, Greene —jadeó—. Ni siquiera podíamos estar seguros de que todo ese despliegue militar sirviera de algo. Ahora, ya tenemos la respuesta...

Greene no contestó. Estaba demasiado roto, demasiado abatido para ello. El zumbido del helicóptero, en el día nublado y trágico, fue el único ruido perceptible durante todo el viaje de regreso.

CAPÍTULO III TERROR EN LONDRES

EL ruido en la calle era monocorde, machacón.

Dan Nichols retiró su plato sin haberlo tocado apenas. Y no era el único. Hazel tampoco había cenado. Su madre ni siquiera se sirvió comida. Solamente una taza de caldo y unos comprimidos recetados por el médico. Adam Courtney apuró su consomé con yema y negó el ofrecimiento de su mujer para seguir cenando.

—Eso no resuelve nada —murmuró Dan—. Deberían comer algo, todos ustedes.

—¿Y tú, Dan? —sonrió tristemente Hazel, mirándole el plato casi intacto.

—Lo siento. He visto demasiados horrores hoy, para sentir apetito.

—Y ahora, ese ruido afuera... —mascculló Adam—. ¿Habrán terminado ya de precintar la tapa de la cloaca de nuestra manzana?

—Es posible que terminen pronto —se encogió Dan de hombros —. Pero hay muchas en Londres. Cientos de ellas, acaso miles. Y muchos otros conductos. Es una tarea de gigantes. Ni siquiera sabemos si la fuerza de esa masa bastará para romper todo el material utilizado en clausurar las cloacas.

—¿Tan terrible es su poder? —se estremeció la señora Courtney.

—He visto huir a tropas especialmente equipadas, sólo con aparecer unos minutos en el exterior, señora —suspiró Dan—. De todos modos, bloquear dentro del alcantarillado a esa forma de vida, lo encuentro tan inútil como todo el despliegue bélico de este día. No creo que necesite del aire para vivir. Crece y se desarrolla ahí dentro. Cuando sienta apetito, saldrá por alguna parte.

—Apetito... —tembló Hazel—. Qué horrible palabra, Dan.

—Sí, yo sé todo lo horrible que puede ser. Pero no sirve de nada cerrar los ojos a la realidad. Las cosas son así, y así hay que aceptarlas.

—Pero..., *¿qué es*, exactamente, esa «cosa», Dan? —se interesó Adam Courtney.

—Nadie lo sabe. Se resiste al análisis químico de su naturaleza. Se está luchando en los laboratorios por descubrirlo. Y ésa es, tal vez, la única forma sensata de enfrentarse al peligro. Antes de vencer a un enemigo, es preciso conocerlo bien. No sabemos nada de nuestro ■horrible huésped. Se supone, por sus negativas reacciones a todo cuerpo o forma de vida conocida, que procede de otro lugar en el espacio.

—¿Un... invasor? —sugirió Adam, perplejo.

—*¿Invasor?* —Dan repitió la palabra con una mueca de disgusto.

Se encogió de hombros—. Bueno, tal vez sea ésa la palabra, o tal vez no… Sería como dar la razón a los que sufren de xenofobia, pero no deja de ser un «extraño» entre nosotros…, y bastante desagradable, por cierto.

Volvió el silencio al grupo. Afuera, en la calle, ei ruido producido por la clausura de la cloaca, cuya tapa se estaba asegurando con materiales fuertes y resistentes, continuaba monocorde. Adam se inclinó, abriendo el receptor de televisión.

Había un comentarista en imagen, en vez del habitual programa deportivo de aquella hora. El semblante del mismo era grave y tenso:

«…y deberemos repetirles las instrucciones ya emitidas por radio y en las últimas ediciones especiales de todos los periódicos —hablaba —. No se acercará nadie a las bocas del alcantarillado, bajo pretexto alguno. Se evacuarán los distritos antes citados, donde se hallan colectores de difícil clausura, y todos los ciudadanos habitualmente adscritos a la fuerza de Defensa Civil, deberán presentarse en sus respectivos distritos, para recibir instrucciones. Les repetimos que no debe cundir el pánico, puesto que las autoridades militares y policíacas están tomando toda clase de medidas encaminadas a garantizar la seguridad de los londinenses, pero de la mutua colaboración y de la serenidad de todos nosotros, depende que esa materia llegada hasta aquí posiblemente por algún fenómeno de tipo extraterrestre, sea al fin inmovilizada y posteriormente exterminada.»

Adam iba a cerrar el televisor, cuando Dan le detuvo con un gesto. El semblante del locutor aún se había ensombrecido más al recibir un papel, que tomó con mano temblorosa, para leerlo a continuación.

«Señoras y señores, hay noticias de última hora, respecto al monstruoso cuerpo informe alojado en nuestro alcantarillado —prosiguió—. Lamentablemente, son también malas noticias, y proceden de Earls Court. Exactamente hace una hora, en la estación del Metro de Earls Court, ha tenido lugar la invasión del andén por la materia viscosa de color oscuro, vista anteriormente en Chelsa. Apareció súbitamente por un túnel del *un-derground* londinense, cayendo sobre la aterrorizada multitud que esperaba la llegada de uno de los convoyes. Se ignora el número exacto de víctimas que arrastró consigo a su reino de las tinieblas, pero se teme que más de una treintena de personas hayan desaparecido, engullidas por el monstruo. Repetimos, sin embargo, que…»

Ahora fue Dan quien cerró el receptor de televisión. Un agobiante silencio se hizo en el comedor de la vivienda de los Courtney. Los rostros de todos ellos eran manchas pálidas, bajo la luz…

—Dios mío… —resopló el padre de Hazel, estrujando sus manos entre sí—. Ahora, el Metro de Londres…

—Debimos imaginarlo. Si bloquean las alcantarillas, es su salida lógica: los túneles del Metro —Dan se incorporó, tambaleante—. Será preciso clausurar temporalmente todas las líneas del Metro de Londres… ¿Oyeron eso? Earls Court. Bastante alejado ya de Chel-sea… La «cosa» se extiende por momentos. Es como una mancha de aceite. Corre, corre y corre, agrandándose más y más.

—¿Crees… crees que puede…? —Hazel dejó en el aire su pregunta.

—¿Abarcar «todo» Londres? —Dan entendió, encogiéndose de hombros, con mirada extraviada—. No sé, querida. En estos momentos, pienso que todo es posible… Se incorporó, con desaliento. Desde un mueble, la primera plana de una edición especial del *Mirror* le gritó en silencio con sus titulares gigantescos:

«TERROR EN LONDRES. ALGO NOS INVADE.

PALABRAS DEL ALCALDE DE LA CIUDAD Y DEL PRIMER MINISTRO DE LA NACIÓN.

INSTRUCCIONES PARA EL PUEBLO LONDINENSE.»

Era peor que un estado de guerra real, pensó Nichols. La guerra se entabla contra algo conocido: otros seres humanos, otro país, otra ideología. Esto era diferente. No sabían siquiera contra qué estaban luchando.

—¿Te vas? —murmuró Hazel con voz apagada.

—Sí, debo volver a Scotland Yard —asintió Dan—. Le prometí a Bishop que estaría allí esta noche, por si me necesitan en los laboratorios.

—Dan, sé que no podré dormir —musitó ella—. Si pudiera… acompañarte…

—¿Tú? ¿Y dejarás solos a tus padres? —dudó Dan.

—Es mejor que vaya —sonrió Adam tristemente—. Ella sufre mucho cuando no estás tú a su lado, hijo. Nosotros ya nos hacemos mutua compañía.

—Está bien —les miró, pensativo. Oprimió una mano de Hazel con ternura—. Ella vendrá conmigo. Pero ustedes, por favor, ¿quieren hacerme caso en algo?

—Te escuchamos, Dan —musitó la madre de Hazel—. Te haremos caso en todo.

—Procuren cerrar todos los conductos del agua: baño, lavabos, lavadero… Todos los servicios de la casa, ¿entienden?

—¿Cerrarlos? No, no entiendo —musitó ella, sorprendida.

—No sé. Es sólo una vaga idea. Pero he pensado que igual que el

Metro es una vía de salida de esa materia..., podría serlo una simple cañería de las que van a las alcantarillas de la ciudad. Cierren todo herméticamente. Precíntenlo con cemento o yeso. Que no vea luz alguna ni salida al exterior la... la «cosa», ¿entienden?

—Sí —Adam apretó con fuerza las manos de su mujer entre las suyas—. Entendemos. Dan. Yo mismo haré eso ahora.

—Son muchas las viviendas de esta ciudad, pero no está de más tomar precauciones. Por alguna otra parte buscará salida nuestro maldito huésped, estén seguros...

Salió con Hazel a la calle, extrañamente vacía, pese a ser aún pronto. Todas las casas mostraban luces, puertas y ventanas cerradas... Dentro, los boletines de radio y televisión seguían emitiendo instrucciones a la población civil. Las patrullas policiales habían sido sustituidas por grupos militares armados.

Londres vivía ya un auténtico estado de guerra. El coche de Nichols no encontró dificultades en rodar hacia New Scotland Yard. El tráfico era escaso, y la vida ciudadana aparecía casi paralizada.

* * *

Hubo problemas para entrar en Scotland Yard.

A Dan le fue requerida la tarjeta de identificación. Sólo después de consultar con el inspector Bishop y el superintendente McGee, se autorizó la entrada de la pareja en el edificio policial, rodeado de fuerzas militares.

Una vez dentro, el propio Bishop informó a ambos jóvenes de las causas de aquel despliegue de fuerzas.

—El primer ministro está aquí —dijo confidencialmente—. Dentro de media hora estamos citados con él en los laboratorios. Puedes venir, Dan. Greene ya le ha hablado de ti. Está deseando conocer al hombre que presiente los problemas antes de que éstos se presenten. Además, vamos a ver una filmación tan interesante como patética.

—¿Filmación?

—Sí, la de un cámara de la BBC, víctima de su celo profesional.

—Oh, recuerdo... Desde el helicóptero lo presenciamos.

—Fue absorbido por esa materia. Pero dejó caer su cámara sobre un toldo, y ha sido conseguida con la filmación intacta. De modo que debemos supervisar los detalles minuciosamente. Luego, tal vez la computadora pueda darnos más datos, si se la programa adecuadamente con los datos de esa filmación.

—Estoy a tu disposición, amigo mío —dijo Nichols, resuelto—. Vamos allá, y ojalá saquemos algo en limpio de todo esto.

—El primer ministro es tan escéptico como tú al respecto. Sabe que es una situación endiabladamente grave, y no le ve solución, si no hallamos algún punto débil en esa masa desconocida.

—¿Los laboratorios aún no tienen datos más precisos sobre la materia?

—No, ninguno. Quizá haría falta más cantidad de esa materia, para que su naturaleza fuese delimitada y analizada debidamente. Sólo se disponen de esas diminutas esporas que, al parecer, están dejando ya de existir, quizá al estar separadas de su núcleo central.

—Más cantidad... —resopló Nichols, enarcando las cejas—. Cielos, ¿y quién es el loco que busca a esa «cosa» para obtener una muestra? Sería tanto como firmar la propia sentencia de muerte..., sin nada a cambio.

—Lo sé —afirmó despacio Bishop—. Por eso dije antes que es un imposible. Y el primer ministro está de acuerdo conmigo. ¿Vamos ya?

—Sí, vamos —tomó a Hazel consigo—. ¿No habrá dificultades para ella?

—Yendo con nosotros, no. Además, después de todo, éste no es el número 10 de Downing Street. Somos nosotros los que damos el visto bueno a nuestros visitantes, aunque esté el primer ministro en persona —sonrió Bishop, dando una afectuosa palmada en el hombro a su amigo.

Los tres se encaminaron a los laboratorios de la policía, para reunirse con el primer mandatario político del pais. Esto ya acusaba claramente la suprema gravedad de la situación.

El pánico reinaba en Londres. No se había podido evitar su extensión. Pero el pueblo británico, una vez más, guardaba su admirable compostura ante los hechos consumados, y esperaba serenamente la acción que pudiera protegerle del caos.

Lo peor de todo era que nadie sabía en estos momentos cuál sería la inmediata acción **de** algo **llamado** «la cosa de otros espacios»...

* * *

El coronel Dennis Munro, del Alto Estado Mayor del ejército británico, no se sentía particularmente feliz ni satisfecho de sí mismo aquella noche.

La idea del ataque a las cloacas había sido enteramente suya. El dirigió la operación, que en principio parecía sencilla y sin complicaciones. Luego, bruscamente, todo había cambiado. El enemigo era el vencedor. Y él, el gran derrotado.

Era amargo eso para un buen soldado como el coronel Munro.

Pero más amargo aún, verse en la impotencia. Allí, ni los cañones, ni la Fuerza Aérea ni la Armada servían de gran cosa. El mal estaba en el interior, bajo la superficie misma de Londres. Como un cáncer bajo la piel humana. Si se destruía el cáncer, quizá era preciso también destruir al hombre, con lo que no se ganaba nada. Destruir Londres era un puro disparate. Y ni siquiera podían estar así seguros de que la masa viviente fuese extinguida.

—Es enloquecedor —jadeó con disgusto, mirando el retrato de su padre, el mayor Munro, que sirviera en la guerra boer, sin tantas complicaciones como llegar **a** enfrentarse a fuerzas extraterrestres—. Si él se hubiera visto metido en esto, ¿qué hubiera podido hacer? Mis antepasados lucharon en Egipto, en la India, en China... Pero aquí, en Londres, ¡y contra algo que ni siquiera es humano! ¿Qué maldita época me ha tocado vivir a mí?

Paseó nerviosamente por la estancia, con la mente fija en aquella idea absurda y estremecedora que había saltado brutalmente a la calle, conmoviendo a todo Londres en un *shock* masivo y aterrador.

El miedo a lo desconocido, a lo ignorado, hacía presa en todo el mundo. El conocimiento de un poder superior a lo humano, agazapado allí, malignamente, bajo el asfalto de la gran urbe, era una obsesión para todos los londinenses. Y pronto podía serlo para el mundo entero.

No se había podido guardar el *top secret*. Ahora, la noticia recorría todo el mundo, de un extremo a otro. Posiblemente se ofrecieran los Estados Unidos y la Unión Soviética a cooperar en la extinción de un peligro ignoto que podía amenazar a todos por un igual, pero nadie podía estar seguro de que la oferta fuese realmente práctica en sus resultados finales.

El coronel Munro decidió no pensar más en todo ello. Se contempló en un espejo, fatigado, barbudo, demacrado. Se estiró dignamente. Su arrogancia castrense pudo a todo otro sentimiento de desmoralización.

Caminó airosamente hasta su cuarto de baño, y se dispuso a asearse un poco, antes de retirarse a descansar, a la espera de cualquier llamada de emergencia de sus hombres, distribuidos por todo Londres, en patrullas y destacamentos en permanente guardia de la tensa situación.

El cierre y precintado de las alcantarillas, utilizando los materiales más sólidos y resistentes de que disponían para ello, continuaba por doquier. Pero los incidentes del Metro ya habían circulado por la ciudad. Esa misma noche, quedaría clausurado el Metro de Londres hasta nueva orden, cerrándose sus estaciones de modo hermético, sin salida al exterior. Se recurriría a muros de cemento, si era preciso, para bloquear a la monstruosa forma de vida

oculta en el subsuelo.

El coronel se metió bajo la ducha confortante. Abrió el chorro del agua, y comenzó a recibir la caricia fría en su piel. A sus pies, el agua corría sobre la blanca superficie del recinto destinado a la ducha, desapareciendo por el desagüe.

El coronel nunca llegó a advertir que una materia negra, espesa, blanda y gelatinosa, emergía lentamente del orificio de desagüe, corriendo oleosa entre sus pies, sin tocarlos. Un repentino hedor intenso subió del suelo, hacia las fosas nasales del militar.

Munro, sorprendido, bajó la cabeza, en busca de la razón de aquel fétido olor. Antes de que sus ojos llegasen a descubrir el reguero negro y pastoso que ya rozaba sus piernas desnudas, y que se extendía en amplio charco espeso sobre la loza de la ducha, una especie de agudo trallazo cerebral inmovilizó sus ideas y pensamientos. Emitió un ronco, agudo grito de dolor incontenible, y se llevó las manos a las sienes, como si hubiera sido recorrido su cuerpo por una potente descarga eléctrica de alta tensión.

Después, el coronel Munro cayó de rodillas bajo el azote frío de la ducha. La masa negra, blanda y viscosa, babeando de forma nauseabunda, reptó sobre la piel mojada del militar, subió hacia su rostro, como algo vivo, palpitante y hediondo. Pero él no reaccionó. Su rostro petrificado, no reveló emoción alguna. Era como un muerto en vida, que no sintiera en absoluto la proximidad, el contacto viscoso y horrible sobre su epidermis.

Finalmente, la materia viviente envolvió por completo su rostro, como una negra máscara de gelatina palpitante. Y empezó *ei* penetrar por su boca, nariz, ojos y oídos...

* * *

Saúl Walosky levantó la cabeza. Su rostro hebraico se encaró con el rollizo del rubio y gordo personaje de las gruesas gafas de montura de carey. Parecía profundamente disgustado por algo.

—¿Qué piensa hacer, Mayer? —preguntó.

—¿Yo? —el llamado Mayer se encogió de hombros. Su triple, blanda papada, bailoteó bajo el rostro redondo y apacible—. Nada en absoluto, profesor.

—¿Es posible? —Walosky se incorporó bruscamente. Le señaló con un dedo largo, descarnadp y tembloroso—. ¡Tiene que hacer algo y pronto!

—Mi querido profesor, creo que la situación actual está actuando de modo negativo sobre sus nervios —suspiró Mayer tranquilamente

—. Sabe usted perfectamente que yo *no puedo* hacer nada. Ni usted tampoco.

—Pero..., ¿pero no se da cuenta? Usted tiene en su mano un arma quizá importante. Usted puede dirigirse a esa gente, informarle de cuanto sucede, darles..., darles quizá una pista definitiva en la lucha entablada...

—Lo siento, profesor. Creo que empieza usted a delirar. ¿Qué tengo yo que ver con todo lo que ocurre ahora?

—Oh, malditos sean todos —jadeó con angustia el hombre de facciones judaicas. Se pasó la mano por el rostro, casi violentamente, enjugando el sudor que hacía brillar su piel—. Si usted no habla, lo haré yo, ¿entiende?

—Por Dios, profesor, no puede hacer eso. Sabe que está fuera de la ley, que vive clandestinamente en este país, y que si hiciera lo que dice, la ley caería sobre usted implacablemente. Los ingleses son un pueblo muy curioso. No perdonan ciertas infracciones. Y la suya ha sido muy grave. Pudo pedir asilo político hace años. Ahora es tarde. Vive con nombre supuesto, es un apatrida, le reclama su propio país de origen, de donde usted se evadió... ¿Qué espera que le ocurra si, además, revela al Gobierno de Su Majestad que usted, *precisamente* «usted», es el responsable inicial de lo que está sucediendo?

—Yo..., ¡y también ustedes, Mayer! ¡Usted y su Consejo de Administración! ¡Usted y su brillante grupo de químicos! ¡Todos tenemos la misma parte de culpa en este horror!

—Profesor Walosky, ya ve que le estoy llamando por su verdadero nombre, y no por el de profesor Martin Rudkin, que utiliza en el país ilegalmente, con documentación falsificada: quiero que me escuche de una vez por todas —la figura gordinflona de Mayer se acercó lentamente a su interlocutor—. Este desagradable suceso tiene un origen extraterrestre. Esa es la versión oficial del Gobierno briánico, y ni a usted ni a mí nos conviene llevar la contraria al Gobierno en absoluto.

—¡Mientras combatan esa materia como algo llegado de otros mundos, estarán condenados al fracaso! —aulló Walosky, enrojeciendo intensamente—. ¡Y nosotros podemos en cambio orientarles, decirles qué es, exactamente, esa «cosa» que destruye la vida humana, y que puede ir muchísimo más lejos si mi teoría es cierta, Mayer!

—Usted lo ha dicho: si su teoría es cierta. Sólo así, mi querido profesor. Simples teorías nada más. Igual que ellos.

—¡Ambos sabemos que se trata de la Materia AEZ-15!

—No sabemos nada —cortó apaciblemente Mayer—. Lo suponemos, tan sólo. Eso no les ayudará mucho en la batalla entablada, desengáñese. Y nos hundiría definitivamente a nosotros.

—No me importa hundirme, si salvo a esta ciudad y a sus gentes —jadeó Walosky roncamente—. Mayer, por el amor de Dios. Usted y su cargo, su industria, su dinero… Todo eso puede ser aniquilado por, esa maldita materia, si sale triunfante. ¿De qué le habrá servido callar y ser cómplice en una masacre sin precedentes? Sabe que si esa materia sigue creciendo…, llegará a invadir «todo el mundo». Y, lo que es peor, a medida que se desarrolla su propia naturaleza…, ambos sabemos muy bien lo que sucederá. Ahora sólo destruye y come. Tiene hambre, y devora… Pero luego empieza también a «pensar». Y puede llegar muy lejos, si su forma vital genera «inteligencia»…

—Tonterías. Eso lo dijo usted, no yo —cortó Mayer.

—Sabe que no. Sabe bien que la computadora y el análisis químico fue contundente. Sabe que su empresa, la Chemical Amalgamated, renunció a seguir los experimentos y se volvió atrás por esa causa. Recuerde cómo destruyó y— sustituyó por otros los informes electrónicos y químicos, antes de que su joven empleado, ese brillante muchacho llamado Nichols lo descubriese…

—¿Se va a callar de una vez por todas, Walosky, y dejará definitivamente el asunto?

—No, no callaré —rechazó vivamente el profesor—. Tengo una idea. Ese muchacho, Nichols, su empleado. Es un buen químico y un hombre honrado. He oído que trabaja en colaboración con la policía en todo esto. Trataré de verle, de comunicarme con él. Le diré la verdad. Toda la verdad sobre el AEZ-15 y la maldita Espora WX.

—¿Se ha vuelto loco? —aulló Mayer—. ¡No hará eso!

—Vaya si lo haré, Mayer —masculló con ira Saúl Walosky—. ¡Y lo antes posible!

Dio media vuelta, encaminándose con rapidez hacia la salida. Mayer, director general de Chemical Amalgamated, no vaciló. Aferró una botella de metal que tenía sobre su mesa, para beber agua frecuentemente. La estampó en la cabeza de Walosky.

El profesor exiliado cayó de bruces, con sangre entre sus blancos cabellos, sin exhalar un solo gemido. La alfombra recogió su cuerpo sin el menor ruido. Mayer, nervioso, se encaminó a la salida, tras intentar en vano una llamada telefónica.

—Ahí te quedas, imbécil —jadeó—. No vas a hundir mi empresa y mi nombre, sólo por escrúpulos de conciencia. Que se arreglen ellos con sus problemas.

Y salió rápidamente de las oficinas, dejando tras de sí el cuerpo inconsciente de Walosky.

Poco después, Mayer llegaba a su casa, disponiéndose a deshacerse de los últimos documentos que conservaba sobre ciertas experimentaciones secretas llevadas a cabo por su empresa de productos químicos.

Quemó todos los documentos, dispersando cuidadosamente las cenizas en el hogar. Luego, fue a lavar sus manos, sucias de hollín. Puso las manos bajo el grifo y comenzó a enjabonarlas.

No observó cómo rugía a borbotones, por el desagüe del lavabo, la masa negra y babeante, hasta que fue demasiado tarde y ocupaba ya el fondo del lavabo. Sus ojos se dilataron de horror al descubrir la presencia de «aquello» en su casa.

Intentó dar media vuelta, huir horrorizado, emitiendo un grito agudo. Fue cuanto pudo hacer. La masa saltó sobre él, como salpicándole bruscamente. Una pasta adherente se aferró, palpitante y hedionda, a su cabeza. Forcejeó, tratando de evitar algo que no le fue posible en modo alguno impedir.

Lentamente, su cuerpo se fue quedando lacio, vencido por algo superior a él. Algo que parecía convertir su figura rolliza en un simple pelele dominado y roto.

En otros muchos edificios londinenses, aquella noche aparentemente tranquila y sin violencias, penetró la pestilente masa negra, babosa y reptante…

Muchas personas cayeron, vencidas por la marea hedionda, llegada de los desagües. Pero esta vez, el contraataque de la «cosa» era silencioso…, y mortífero.

Londres, ajeno a ello, parecía dormir sobre su miedo y su angustia latente.

CAPÍTULO IV ¿DEMASIADO TARDE?

LA computadora zumbaba en el silencio del laboratorio.

Todos esperaban pacientemente los resultados. Una tensión evidente agobiaba a todos los presentes en el experimento.

Junto a Dan Nichols, Greene y el primer ministro inglés, esperaban, tan atentos como Harding o Bishop. Hazel, apretaba la mano de Dan con fuerza.

La filmación del horror vomitado por las cloacas, había sido seguida atentamente por todos, en un silencio impresionante. Luego, se hizo un segundo pase a cámara lenta, y ahora, el *video-tape*, como parte de la programación de la computadora de Scotland Yard, estaba suministrando datos a la memoria electrónica, para su proceso analítico posterior.

Mientras la máquina no emitiera su veredicto, no podían hacer nada. Las esporas de los fragmentos de oro hallados en Chelsea, ya no eran válidas. Se habían extinguido, secándose, faltas de vida. Eran partículas demasiado pequeñas para sobrevivir, había informado la computadora al ser consultada sobre la materia con los datos conocidos.

—Espero, caballeros, que la máquina nos diga algo —susurró en el silencio la voz del hombre que ocupaba el 10 de Downing Street—. En otro caso, seguiremos en la mayor ignorancia respecto a la naturaleza de nuestro adversario...

Nichols asintió en silencio. Greene respiró hondo cuando el zumbido de la computadora se detuvo. Bishop tragó saliva.

—Ya —murmuró el director de laboratorios—. La máquina ha registrado todo. Ahora nos dará su informe.

Volvió a zumbar suavemente. Apenas unos instantes después, empezó a salir un papel perforado, con los datos ya clasificados y traducidos de la clave original, por la propia computadora. Simultáneamente, su pantalla se iluminó con el texto deletreándose pausadamente sobre ellas, hasta completarse:

«Materia desconocida según los datos suministrados.

«Dotada de vida orgánica nueva.

»Posiblemente compuesto químico muy complejo. Dudoso origen extraterrestre.

»Debe poseer inteligencia diferente a la humana.

«Altamente peligrosa para la Humanidad.»

Aparecieron las claves que marcaban el final del informe.' Se

formó otro denso silencio, tras un murmullom de excitación colectiva. El primer ministro releyó el texto. Se volvió a los demás.

—Caballeros, esto no aclara nada —manifestó sombríamente—. Y nos abre otras horrendas posibilidades. No sólo *vive*, sino que *piensa*. Puede que no proceda del espacio. Pero entonces, ¿cómo se crea una vida propia, químicamente, desconocida entre nosotros, si no viene de otro lugar del universo? ¿Pueden aclararme eso ustedes, los químicos?

—No, señor —convino amargamente Greene—. Yo, no.

—Yo tampoco —musitó Dan Nichols con voz apagada—. Quisiera entenderlo, pero...

—¡Señor Nichols! —sonó una voz—. Llamada telefónica para usted. Máxima urgencia. Dicen que es de vida o muerte..., y afecta a la materia monstruosa de las cloacas.

Dan se volvió, sorprendido, hacia el policía que le tendía un teléfono, desde una mesa arrinconada del silencioso laboratorio. El primer ministro cruzó su mirada con Dan. Le conminó con un gesto a atender la llamada.

Dan corrió al teléfono. Preguntó, con voz ronca:

—Nichols, sí. ¿Quién llama? ¿Quién? ¿Es usted, doctor Rudkin? ¿Cómo? ¿Dijo... profesor Walosky? ¿Saúl Wa-losky? ¿Qué significa... Sí, sí, escucho... ¿Qué...? ¡Repita eso, por el amor de Dios! Oh, no, nada importa ahora todo eso ya. Hable. ¡Hable, por favor! Le escucho, profesor...

Y escuchó. Bishop se acercó a él rápidamente. También Harding, más lentamente. Dan, con ojos dilatados, escuchaba. Luego, pausadamente, colgó. Se volvió a los demás. Estaba mortalmente pálido.

—Dios mío —susurró—. Es... es increíble...

—Hable, Nichols —le apremió el Premier británico—. ¿Qué informe ha sido ése? ¿Tiene valor para nosotros?

—¿Si lo tiene, señor? —Dan agitó su cabeza—. No sé. Ya no sé... Quizá sea tarde..., o quizá no. Un hombre, Saúl Walosky, que está ilegalmente en el país, y trabaja bajo nombre supuesto en mi empresa de productos químicos, la Chemical Amalgamated, sabe lo que es esa «cosa» que estamos combatiendo. Y lo sabe porque... porque él mismo la creó.

—¿Cómo? —aulló Bishop, aturdido.

—No se trata de ninguna criatura extraterrestre. La computadora tuvo razón. Es... es un compuesto químico desconocido. Un invento fantástico, una nueva forma de vida creada en laboratorio... Era algo encaminado a tener gran éxito..., en un mundo limpio, de aire puro, de oxigeno y de pureza ambiental. Ese era su único fallo. La polución, las impurezas, los residuos químicos, la contaminación en suma, afectaba su estructura orgánica de tal modo, que le daba un

crecimiento gradual y monstruoso, alteraba sus genes y producía una voracidad monstruosa en la materia nueva. Luego..., luego venía su última y más peligrosa etapa.

—¿Otra peor aún?

—Sí —Dan apoyó sus manos en una mesa, fatigada-mente. Bajó la cabeza—. Una dosis de esa materia se posesionaron del cerebro de un mono y de unas cobayas... Absorbieron su masa encefálica, devorándola, y ocupando esa horrible gelatina viscosa, tremendamente inteligente en su tercera etapa de desarrollo, el vacío dejado en el cerebro humano. Aparentemente, nada se alteraba. La materia conservaba la «memoria», las «ideas» y «pensamientos» absorbidos en el cerebro original. Pero el ser ocupado pasaba a ser un robot monstruoso, dominado por una materia que, al extenderse a diversos cuerpos..., centralizaba en su solo poder infrahumano, frío y sin sentimientos, toda la fuerza dominadora depositada en otros seres convertidos en puras marionetas insensibles, deshumanizadas por completo.

—Eso... eso sí sería una invasión alucinante, Dan —jadeó Bishop, trémulo.

—Por eso digo que no sabemos si, realmente, estamos a tiempo o no. La masa puede haber empezado ya a'funcionar mentalmente. Puede haber *absorbido* cerebros humanos, incluso de nosotros mismos...

—¿Cómo puede llegar a descubrirse a quien ya no tiene cerebro propio? —preguntó roncamente el Premier.

—Señor, según Walosky..., sólo por medio de un electroencefalograma, puesto que las radiografías pueden ser falseadas por esa materia, que provoca reacciones falsas a las radiaciones, e imprime falsos cerebros en las placas radiográficas...

—Dios mío, es peor de lo que imaginé... —argumentó Greene, lívido.

—Walosky dijo que si alguien empieza a obrar extrañamente, con aparente normalidad..., sospechemos inmediatamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Esperemos a ver, Bishop...

—En cuanto a ese profesor endiablado —masculló Harding—, ¿dónde podemos hallarlo?

—Está en la empresa química donde yo trabajo. Pero creo que llegarán tarde. Mayer, el presidente de mi empresa, es el culpable de haberse silenciado todo esto. Le golpeó con un objeto contundente cuando quiso informarnos, y escapó. Walosky creía que estaba agonizando..., y lo cierto es que terminó de hablar bruscamente, y oí un golpe seco...

En ese momento, el mismo policía informó excitadamente al

primer ministro, tras atender una llamada telefónica:

—Señor, hay algo raro en el Cuartel General. El coronel Munro, jefe de la operación, ha ordenado la retirada de los destacamentos situados en las únicas alcantarillas aún no precintadas, y...

—¡Munro! —palideció Bishop, cruzando su mirada inquieta con la de Dan Nichols—. ¿Puede ser él..., uno de *ellos*!

—Ahora, tal vez sí —afirmó Dan. Se volvió a Har-ding—. Usted y yo podríamos ir a por Mayer. El conoce la composición de esa nueva forma de vida orgánica estropeada por nuestra maldita polución atmosférica... Si le capturamos, es posible que nos revele el modo de atacarla eficazmente. Además, debe responder por su actitud de negligencia criminal en este caso. Bishop, usted debería ocuparse de Munro..., pero bien protegido por una fuerza policial.

—Yo me hago cargo del asunto —dijo el primer ministro—. Voy a dar una orden nacional: todo el mundo deberá personarse en centros sanitarios, donde serán sometidos a electroencefalogramas de emergencia. Se advertirá a la gente de lo que sucede. Y se luchará contra todos los medios a nuestro alcance, por escasos que sean, contra esa nueva amenaza que trae consigo la materia oculta en el subsuelo...

Dan Nichols asintió, saliendo rápidamente en compañía de Harding.

Bishop, por su parte, escuchó instrucciones del Premier, que luego solicitó línea directa con Buckingham Palace y con el Alto Estado Mayor de las Fuerzas Armadas británicas.

* * *

Henry Mayer, de la Chemical Amalgamated, miró fijamente las armas que le encañonaban. Luego, clavó su tranquila mirada en Dan, a través de los gruesos vidrios de sus gafas de montura de carey.

—Me sorprende usted, Nichols —confesó con un resoplido tranquilo—. ¿De modo que un amigo, un colaborador, un leal empleado..., se vuelve ahora contra mí?

—No se haga el sorprendido, Mayer —cortó Dan, incisivo—. Walosky habló. Está ahora en estado muy grave, pero confirmará sus acusaciones contra usted. Le ha agredido, para que no revelara la verdad de lo ocurrido. No estamos luchando contra ninguna forma de vida extraterrestre, sino contra algo hecho por el hombre, que pudo serle útil en el campo de la Biología y de la Genética, pero que ustedes, al arrojarlo a las aguas del Támesis asustados por sus posibles efectos, dentro de un recipiente hermético, convirtieron en una

amenaza contra la Humanidad. La erosión agrietó el recipiente de plomo, la materia viva sobrevivió el tiempo de encierro en el agua, y se deslizó luego a los colectores, donde se mantuvo en una especie de estado de incubación lenta, paciente, hasta crecer, crecer y crecer, sintiendo hambre y devorando lo que tenía vida y le atraía: los seres humanos. Así, paulatinamente, habrá ido desarrollándose en esa forma de vida, la Materia AEZ-15, o Esporas WX, sus genes inteligentes. Una forma de pensamiento, de conocimiento siniestro y despiadado, totalmente carente de humanidad. Pero terrible en sus efectos y en su fuerza.

—Parece saberlo todo sobre las Esporas WX, Nichols —sonrió forzadamente Mayer, erguido frente a él, y rodeado por las armas de los agentes especiales de Scotland Yard, capitaneados por el inspector Harding.

—Casi todo. Sólo ignoro la forma de destruirlas, Mayer.

—Yo también —jadeó su jefe—. No existe medio conocido de destruirla, una vez creada. Es lo que nos ocurrió en el principio. Y el ciclo vital continúa. Es inútil luchar, créame. Walosky cometió un error al hablar de ello. La batalla está perdida.

—Ya —Dan Nichols le miró Ajámente—. Y de modo paulatino, todos acabaremos siendo absorbidos por ese monstruoso tejido viviente..., y dominados mentalmente por él. Será un mundo de autómatas, de muñecos movidos por una mente central, ¿no es eso?

—Bueno, es lo que decía Walosky —rió Mayer, encogiéndose de hombros—. No creo que la cosa llegue a tanto.

—Yo sí lo creo. De momento, ya hay personas que obran de un modo anormal. Se va a practicar el electroencefalograma a «todos» los ciudadanos de Londres. Usted, Mayer, forma parte de ellos. De modo que pasará ahora por la prueba.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —se irritó Mayer, irguiéndose.

—Porque queremos estar seguros, inicialmente, de los que tenemos más cerca. Luego, será acusado del homicidio de Walosky. Pero sólo cuando sepamos si sigue siendo humano o no... ¿Está dispuesto?

—Sí, desde luego —admitió dócilmente Mayer—. Pero antes, sólo un favor, Nichols.

—¿Cuál?

—Quisiera hablar con usted..., a solas. Debo confesarle algo.

—Puede hacerlo aquí, delante de la policía.

—No, no lo haré. Y lo que debo decirle, tal vez sea el único medio de vencer a ese enemigo que tanto le preocupa...

Dan vaciló. Hizo un gesto a Harding. Habló con él en voz baja un instante. Luego, se volvió a Mayer.

—Conforme —aceptó—. Vamos allá. En esta habitación

inmediata. No tiene más que una salida, y la cubrirán los policías. No tiene escapatoria, si es que planea algo.

—Palabra que no intento escapar —sonrió Mayer—. Sólo me interesa ahora hablar con usted sin testigos por medio, amigo Nichols...

Dan no respondió. Empujó la puerta inmediata. Entraron en un pequeño gabinete sin ventanas. Cerró la hoja Dan. Al otro lado, se quedó Harding con los policías armados.

—Y bien —Dan se volvió calmoso a su ex jefe en la empresa de industrias químicas—. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Algo realmente confidencial e importante, Nichols. —Mayer se acercó, risueño, a él. Se dispuso a hablarle junto al oído—. Escuche. Yo sé que esa forma de vida, la Espora WX, puede ser vencida de un modo que...

Rápido, Dan se echó atrás con un salto elástico. Al mismo tiempo, exhaló un grito ronco.

La puerta se abrió de un empellón. Aparecieron Harding y los demás en la entrada. Ante su mirada llena de horror, Mayer se mantuvo quieto, encogido, mirando con ojos dilatados y fulgurantes a Dan Nichols...

¡De la boca y los ojos de Mayer, chorreaba ahora una espesa baba negra, brillante y pegajosa, que palpitaba con vida evidente, y buscaba, como una lengua voraz, el contacto directo con la piel de Dan!

Harding y sus hombres no vacilaron. Sus armas rugieron violentamente. El cuerpo y el cráneo de Mayer era el objetivo de los disparos de los hombres de Scotland Yard. Saltaron su cabeza en pedazos, atravesaron su cuerpo por cien puntos diferentes.

El gordo, adiposo, Henry Mayer empezó a caer. No era sangre lo que fluía ya de sus agujeros, sino aquella baba negra, repulsiva, hedionda, que corría por la alfombra, como buscando un nuevo cuerpo al cual poseer y dominar.

Horrorizado, Nichols se apartó. Por la cara acribillada a tiros de Mayer, corría hacia abajo como una baba lustrosa, la gelatina viviente y agudamente astuta que era ahora la materia creada por Walosky en un laboratorio. Su cráneo se quedaba vacío, sin masa encefálica, sin sangre alguna. Sólo con la forma de vida negruzca y viscosa, que hasta entonces ocupara el interior de su ser.

—A eso... ¡a *eso* no podemos matarlo a tiros! —jadeó Harding, con los cabellos erizados, al ver cómo las balas se clavaban sobre la alfombra y la mancha negra, sin hacer otra cosa que abrir agujeros que rápidamente llenaba de nuevo aquella masa fofa y reptante.

Dan Nichols, lívido, empujó hacia atrás a los policías. Corrieron todos, cerrando tras de sí la puerta, pero bajo ésta, por la rendija, se

deslizó la masa viva, en pos de ellos, ya sin el cuerpo de Mayer, reducido a una criba inservible para la fracción monstruosa de gelatina viva.

—No hay medio de combatirlo —masculló Nichols, mientras corrían escaleras abajo, en busca de la calle. Luego, miraron hacia atrás. Ya no vieron nada.

Dan se paró en seco. Desatendiendo los consejos de Harding, regresó unos pasos. Vio sobre la acera la forma quieta de la gelatina. Parecía incapaz ya de moverse. Como muerta.

Recordó algo, las pequeñas, diminutas esporas del laboratorio... Por sí solas, sin tener ya algo vivo a que aferrarse, morían paulatinamente. El cuerpo crecía y crecía, pero cada división del mismo, sólo sobrevivía cuando tenía otra forma de vida en la cual residir. Sin ella, llegaba la paralización total, como sucediera en el laboratorio policial con las partículas obtenidas.

Y el proceso parecía hacerse cada vez más rápido, pese al mayor volumen del fragmento separado del núcleo central.

—Dividirlo... Dividirlo puede ser la victoria final... —jadeó Dan entre dientes—. Pero ¿cuánto tiempo aún para eso, Dios mío? ¿Cuántas personas poseídas por esa monstruosa masa, cuántos seres sacrificados, cuántas ciudades o países destruidos, para que la masa central o núcleo vital vaya despojándose de sus fragmentos?

Cabizbajo, regresó con los policías a Scotland Yard.

Era, en cierto modo, una victoria. Pero quizá llegaba demasiado tarde.

Quizá era solamente una esperanza para la especie humana. Y la lucha, realmente, no había hecho sino comenzar...

* * *

—¿Comenzar? Cielos, no es posible...

—Desgraciadamente, sí —afirmó Dan, mirando a los padres de Hazel. Oprimió contra sí a la muchacha. Afuera, el amanecer londinense, nuboso y triste, no levantaba los ánimos precisamente—. Ahora sabemos que hay un medio de batalla. Se va a intentar todo, pero no se puede ser demasiado optimista. Hará falta que se disperse en millones de fragmentos, para que esto termine bien alguna vez.

—Dios mío... —la madre de Hazel inclinó la cabeza—. ¿Qué vamos a hacer?

—Luchar, señora —habló Dan, sereno—. Aquí, en Londres, o en cualquier lugar adonde tengamos que ser evacuados, a medida que se fracciona la capital y se combaten los tentáculos o extensiones del

núcleo central. En resumen, viene a ser como un gigantesco cáncer bajo la piel de asfalto. Y si el cáncer aún no ha sido vencido, se está intentando cuando menos. Eso es lo que vamos a hacer ahora. Luchar sin descanso. Hasta la victoria final o la derrota decisiva. Otros países van a ayudarnos. Es la batalla de todos por todos. Nuestra unión universal, contra la desunión de esa masa terrible. Una guerra larga, sangrienta, cruenta sin duda alguna. Si alguna vez vencemos, en el camino se habrán quedado muchos de nosotros. Pero habrá valido la pena, si asi ganamos el bienestar futuro para los que queden con vida. Sólo falta que aprendamos la tremenda lección. O que la aprendan nuestros sucesores, las generaciones siguientes.

—Sí, Dan —afirmó roncamente Adam Courtney—. Esperemos que se termine esa contaminación suicida, esa locura colectiva de la industrialización, de los residuos, de los venenos, de este suicidio que nosotros mismos nos hemos causado, buscando formas de vida de laboratorio, imaginando que somos como Dios mismo... con un tubo de ensayo en la mano. Y luego, que el aire sea limpio y respirable, que se piense más en la Naturaleza, en las plantas, en el césped, en los campos, en la salubridad de todos, antes que en la especulación del suelo, la carrera demencial de la industrialización, el consumo desorbitado, los productos químicos letales para la propia Tierra que nos fue entregada limpia de impurezas y suciedad... Y que nosotros mismos, algún día, limpiemos nuestro espíritu y sepamos andar mejor el camino...

—Ahora ya es tarde para lamentarse, señor Courtney —dijo despacio Dan Nichols, caminando con Hazel hacia la salida de la casa. Les miró afectuosamente. Ella también—. Nos vamos. Ahora, ella es la señora Nichols. Y vamos a emprender juntos un nuevo camino que no será precisamente de rosas. Una boda sin luna de miel. Una vida dura, de lucha y de desesperanza, contra algo que no sabemos vencer, pero que tenemos fe en ir venciendo paulatinamente, caigan los que caigan. Ese es nuestro futuro. El futuro de todos nosotros. Sólo les deseo suerte... Y recuerden: cuidado con quienes se acerquen demasiado a ustedes. Cuidado con los desagües. Cuidado, sobre todo, con las cloacas. En ellas está el castigo para nosotros, los humanos. Nos hundimos en la suciedad... y de la suciedad nos llegó el azote justiciero. No, señor Courtney. No podemos quejarnos. Ya no. No serviría de nada. Y, después de todo, tampoco tendríamos razón...

Abandonaron la casa. Los Courtney se abrazaron, dominando su emoción.

Afuera, en Londres, acá y allá, en todos los distritos tomados militarmente, se escuchaban a veces ráfagas de disparos. Eran ejecuciones sumarísimas de personas que no aceptaban el electroencefalograma... o que daban un resultado negativo en su

examen cerebral.

Eran víctimas de la guerra que acababa de empezar.

Y que nadie sabía cuándo ni cómo iba a terminar, alguna vez en el futuro...

FIN

{1} *Bobby*: apodo familiar dado a los policías de Londres.

{2} En Inglaterra, el "Certificado X" es para películas rigurosamente prohibidas a menores. Habitualmente se aplica esa calificación a filmes de terror o a temas demasiado escabrosos sexualmente, aunque con preferencia al cine de violencia y de sangre.

{3} Alude aquí el autor a la famosa emisión radiofónica de Orson Welles, en Estados Unidos —luego repetida en Europa con mucho menos éxito—, de la novela de H. G. Wells, *La Guerra de los Mundos*, cuando la televisión no era aún sino un experimento minoritario. Es conocido el pánico que la adaptación de Welles provocó en Norteamérica, a causa de su tratamiento realista de la situación novelesca.